

# El apostolado del Opus Dei entre mujeres: un segundo comienzo (1937-1942)<sup>1</sup>

INMACULADA ALVA

**Abstract:** *Al acabar la Guerra Civil española, Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei, tuvo que recomenzar el apostolado entre mujeres partiendo sólo con dos jóvenes que habían decidido seguirle en 1937 y 1938 respectivamente. En el arco de pocos años se llegó a formar un pequeño núcleo con chicas procedentes de Madrid, Valencia y León, que se comprometieron asimismo a vivir y difundir el mensaje transmitido por el fundador. El presente artículo estudia el desarrollo de esta tarea de apostolado a través de las cartas, diarios y testimonios de las protagonistas.*

**Keywords:** *Josemaría Escrivá de Balaguer – Opus Dei – Actividad apostólica con mujeres – Madrid – Burgos – Valencia – León – 1937-1942*

**The Apostolate of Opus Dei with Women: a Second Beginning (1937-1942):** *At the end of the Spanish Civil War, Josemaría Escrivá, founder of Opus Dei, had to recommence the apostolate with women starting out with just two young women who had decided to follow him in 1937 and 1938 respectively. In the space of a few years a small group of girls from Madrid, Valencia and León was formed. They also committed themselves to live and spread the message transmitted by the founder. The present article investigates the development of this apostolic task by examining the letters, diaries and testimonies of the people involved.*

**Keywords:** *Josemaría Escrivá – Opus Dei – Apostolic activity with women – Madrid – Burgos – Valencia – Leon – 1937-1942*

<sup>1</sup> Este artículo debe mucho al excelente trabajo de recopilación elaborado por Gloria y Lourdes Toranzo acerca de las primeras mujeres del Opus Dei. Muchos de los datos encontrados en ese trabajo me han permitido completar esta investigación.

El primer centro de mujeres del Opus Dei se abrió en Madrid el 16 de julio de 1942 en la calle Jorge Manrique. Fue el coronamiento de una larga etapa que había empezado el 14 de febrero de 1930, cuando Josemaría Escrivá de Balaguer comprendió que el carisma fundacional recibido el 2 de octubre de 1928 incluía también a las mujeres. Los primeros pasos de este apostolado fueron lentos y discontinuos. El primer grupo que el fundador formó en torno a su trabajo en el Patronato de Santa Isabel en Madrid durante los años republicanos, no llegó a consolidarse. Quedaron aisladas desde los inicios de la Guerra Civil y además sin la dirección de san Josemaría, quien tuvo que marcharse de la capital para escapar de la persecución religiosa. Era difícil en esas condiciones –también por quienes las atendían espiritualmente– que no derivaran hacia formas de espiritualidad más próximas a la vida religiosa, como así ocurrió. No se puede olvidar que, desde finales del siglo XIX, la religiosidad femenina había estado vinculada, en su mayor parte, a asociaciones piadosas y caritativas relacionadas con las órdenes religiosas y las reglas terciarias, que «planteaban una forma de vida diferenciada basada en un compromiso espiritual más cercano al de los religiosos, aunque siguieran siendo seglares»<sup>2</sup>. Cuando Josemaría Escrivá, de vuelta a Madrid al finalizar la contienda en abril de 1939, conectó con la mayor parte de ellas, se dio cuenta de la imposibilidad de que entendieran el mensaje de santidad en medio del mundo. Por esta razón las orientó hacia instituciones de la Iglesia más acordes con sus disposiciones<sup>3</sup>.

Durante la Guerra Civil española, primero en Madrid, después en Burgos, Escrivá había conocido a otras chicas; algunas eran hermanas de miembros del Opus Dei; dos de ellas, Dolores Fisac y Amparo Rodríguez Casado, constituyeron el germen del primer grupo de mujeres que, unos años más tarde, empezaría a vivir en el centro de la calle Jorge Manrique ya mencionado.

<sup>2</sup> Inmaculada BLASCO HERRANZ, *Más poderoso que el amor. Género, familia, piedad y política en el movimiento católico español*, «Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea» 7 (2008), p. 91. En este interesante artículo, la autora analiza los principales rasgos de la religiosidad femenina y su evolución desde finales del siglo XIX hasta la segunda mitad del siglo XX.

<sup>3</sup> El nacimiento y desarrollo de esta primera labor de apostolado anterior a la Guerra Civil ha sido objeto de un reciente estudio, Gloria TORANZO, *Los comienzos del apostolado del Opus Dei entre mujeres (1930-1939)*, SetD 7 (2013), pp. 15-93; también hay un apartado sobre estas primeras mujeres en Beatriz COMELLA, *Josemaría Escrivá de Balaguer en el Real Patronato de Santa Isabel (1931-1945)*, Roma-Madrid, Istituto Storico San Josemaría Escrivá – Rialp, 2010, pp. 180-192.

Puede hablarse así de un segundo intento, que se inició propiamente en 1937, pero que no se desarrolló hasta 1940. Este período se extiende hasta 1942, año en que esas personas empezaron a vivir de modo definitivo en un centro del Opus Dei.

Este trabajo es un acercamiento a estos años previos al establecimiento del primer centro de mujeres, es decir, de 1937 a 1942. Forma parte de un estudio más amplio, que abarca la historia y desarrollo del apostolado de las primeras mujeres del Opus Dei hasta 1945.

Uno de los objetivos de este trabajo es comprender el papel que el fundador del Opus Dei otorgaba a las mujeres, dentro de la visión general de lo que debía ser la Obra, ya desde los comienzos. En segundo lugar, se propone conocer quiénes fueron las protagonistas de esos tempranos años y por último, se desea mostrar cómo asimilaron el mensaje del fundador, tal y como está reflejado en las cartas, testimonios y diarios que escribieron.

#### FUENTES DOCUMENTALES Y BIBLIOGRÁFICAS

Existen pocos estudios, tanto sobre los inicios del apostolado de san Josemaría con mujeres, como biografías de las primeras que le siguieron. Son trabajos pioneros en este sentido el de Yolanda Cagigas sobre Dolores Fisac, basado en su epistolario de los años 1937 y 1938<sup>4</sup>; la semblanza de Narcisca González Guzmán que escribió Francisca Rodríguez Quiroga<sup>5</sup>; y la de Salvadora del Hoyo, escrita por Ana Sastre<sup>6</sup>. Mercedes Montero ha estudiado la Residencia Zurbarán, que sucedió al centro de Jorge Manrique en 1945, y que supuso una preferente orientación hacia el apostolado con universitarias, aunque ya estudiaban en la universidad algunas de las que se acercaron al Opus Dei a partir de 1937, como Dolores Jiménez Vargas, Guadalupe Ortiz de Landázuri o Visitación Alvira<sup>7</sup>.

<sup>4</sup> Yolanda CAGIGAS OCEJO, *Cartas de Josemaría Escrivá de Balaguer a Dolores Fisac (21 de mayo de 1937 - 16 de noviembre de 1937)*, SetD 4 (2010), pp. 375-409.

<sup>5</sup> Francisca RODRÍGUEZ QUIROGA, *Apuntes para una reseña biográfica de Narcisca González Guzmán, una de las primeras mujeres del Opus Dei*, SetD 4 (2010), pp. 339-371. Narcisca González Guzmán era conocida también por el nombre de Nisa.

<sup>6</sup> Ana SASTRE, *De los Picos de Europa a la Ciudad del Tíber. Apuntes para una reseña biográfica de Dora del Hoyo*, SetD 5 (2011), pp. 261-284.

<sup>7</sup> Cfr. Mercedes MONTERO, *Los comienzos de la labor del Opus Dei con universitarias: la residencia de Zurbarán de Madrid (1947-1950)*, SetD 4 (2010), pp. 15-44. La misma autora ha escrito una versión más sintética: *Zurbarán, Colegio Mayor Universitario*, en José Luis

Hay algunas biografías de carácter divulgativo, elaboradas a partir de los recuerdos recogidos para las causas de beatificación de algunas de estas mujeres, como Guadalupe Ortiz de Landázuri, Encarnación Ortega o Salvadora del Hoyo<sup>8</sup>. Las semblanzas recogidas en el *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* ofrecen una síntesis de esos primeros años y de sus protagonistas. Constituyen una guía útil para quienes estén interesados en este período histórico del Opus Dei<sup>9</sup>.

Las fuentes documentales son fundamentalmente las cartas que se cruzaban entre ellas. Es un material abundante y de gran riqueza, que se conserva en el Archivo General de la Prelatura del Opus Dei en Roma (AGP)<sup>10</sup>. Constituyen una fuente esencial para estudiar el período de 1937 a 1942. A través del intercambio epistolar se vivían unas relaciones de carácter familiar, genuinamente fraternales, como Josemaría Escrivá deseaba que hubiera en los centros del Opus Dei. Era también el canal por el que se transmitía a las ausentes la predicación del fundador. La forma de exponer ese mensaje aporta muchas luces sobre la mentalidad de cada una de ellas y también sobre la personal comprensión de lo que oían. Además, en muchas ocasiones, esas cartas adquirirían un tono más personal, al reflejar sus propias percepciones, sus ilusiones y sentimientos acerca de lo que estaban viviendo. En cualquier caso, contribuían a crear un proyecto común con esperanzas y objetivos que compartir<sup>11</sup>.

ILLANES *et al.* (coords.), *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, Roma-Burgos, Istituto Storico San Josemaría Escrivá – Monte Carmelo, 2013 (en adelante, DSJ), pp. 1316-1317.

<sup>8</sup> Mercedes EGUÍBAR GALARZA, *Guadalupe Ortiz de Landázuri. Trabajo, amistad y buen humor*, Madrid, Palabra, 2002<sup>4</sup>, 294 pp.; ID., *Guadalupe Ortiz de Landázuri*, Madrid, Palabra, 2007, 77 pp.; Maite DEL RIEGO GANUZA, *Encarnita Ortega: hablando de tú a Dios*, Madrid, Palabra, 2006, 92 pp.; Javier MEDINA BAYO, *Una luz encendida: Dora del Hoyo*, Madrid, Palabra, 2011, 157 pp.

<sup>9</sup> Cfr. DSJ. En concreto, las voces: Inmaculada ALVA, *Administración de la Residencia de la Moncloa*, pp. 71-75; ID., *Jorge Manrique, centro de*, pp. 696-698; Beatriz TORRES OLIVARES, *Botella Raduán, Enrica*, pp. 163-164; Yolanda CAGIGAS OCEJO, *Fisac Serna, María Dolores (Lola)*, pp. 529-530; Francisca COLOMER, *García Escobar, María Ignacia*, pp. 563-564; Mercedes ALONSO DE DIEGO, *González Guzmán, Narcisa (Nisa)*, pp. 571-573; Ana SASTRE, *Hoyo Alonso, Salvadora del (Dora)*, pp. 597-599; María MERINO, *Ortega Pardo, Encarnación (Encarnita)*, pp. 924-926; Mercedes EGUÍBAR GALARZA, *Ortiz de Landázuri, Guadalupe*, pp. 926-927; María Isabel MONTERO CASADO DE AMEZÚA, *Mujeres en el Opus Dei. Inicio del apostolado*, pp. 860-868.

<sup>10</sup> El total del material consultado son unas seiscientas cincuenta cartas, la mayoría cruzadas entre estas mujeres, y unas pocas del fundador del Opus Dei.

<sup>11</sup> El papel de las cartas para crear esos lazos de unión familiares, políticos, patrióticos ha sido bien destacado por Miriam DOBSON, *Letters*, en Miriam DOBSON – Benjamin ZIE-

El número de cartas es también indicador del grado de implicación de cada una en este proyecto sobrenatural. Así, por ejemplo, hay un gran contraste entre las setenta cartas que se conservan de Narcisa González Guzmán, escritas entre mayo de 1941 y junio de 1942, y las treinta y seis de María Jesús Hereza en un período más amplio, entre agosto de 1940 y junio de 1942; o las ochenta y una de Enriqueta Botella –que escribe, como Narcisa González Guzmán, a partir de 1941– con las dieciséis de Dolores Jiménez Vargas.

Los diarios de los centros son también una fuente importante, porque reseñan los acontecimientos de cada día. Para esta primera época existe uno que comprende los años 1940 y 1941, además de algunos meses de 1942. Lo he titulado “Diario de Madrid” porque ese cuaderno, junto con algunas notas sueltas, no se refiere aún a la vida de un centro, sino a las actividades que desarrollaban las mujeres en la zona habilitada como residencia de la familia del fundador de la Obra, primero en el centro de la calle Jenner, más tarde en el de la calle Diego de León, o en el intento de la calle Castelló, como se irá viendo<sup>12</sup>. Este diario –que se conserva también en AGP– ha sido útil para esta investigación porque la autora –por lo general, Amparo Rodríguez Casado– no se limitaba a consignar los hechos del día, sino que añadía también reflexiones personales acerca de los acontecimientos que estaba viviendo, lo que ayuda a entender cómo iba siendo recibido el mensaje de Josemaría Escrivá.

Por último, han sido también muy útiles los relatos donde las interesadas narran su propia vocación o sus recuerdos sobre los primeros tiempos. La mayor parte de esas notas están fechadas en 1951. Otro material interesante son las relaciones testimoniales para la causa de canonización de Josemaría Escrivá de Balaguer, recogidas a partir de 1975. Aunque la distancia de los hechos recordados reste en ocasiones exactitud en algunos datos y fechas, ofrecen una mayor perspectiva para calibrar la trascendencia de determinados acontecimientos, no suficientemente percibida en su momento.

MANN (eds.), *Reading Primary Sources. The Interpretation of Texts from Nineteenth- and Twentieth-Century History*, London – New York, Routledge, 2008, pp. 60-64. Otro estudio interesante sobre los epistolarios como fuentes históricas es Rebecca EARLE (ed.), *Epistolary Selves. Letters and Letters-Writers, 1600-1945*, Aldershot, Ashgate, 1999, en especial las pp. 1-12.

<sup>12</sup> Así lo llama también Francisca Rodríguez Quiroga en su artículo ya citado sobre Narcisa González Guzmán.

EL MENSAJE DEL OPUS DEI PARA LAS MUJERES EN EL CONTEXTO SOCIAL Y RELIGIOSO DE LOS AÑOS CUARENTA

El 14 de febrero de 1930, Josemaría Escrivá vio que las mujeres tenían cabida en el Opus Dei, en íntima conexión con el carisma inicial del 2 de octubre de 1928. Esta segunda intuición venía a completar el mensaje recibido. Tenía claro que las mujeres, como los hombres, estaban llamadas a santificar y santificarse en medio de sus circunstancias cotidianas, también las profesionales, y así lo explicaba a las que se acercaban al Opus Dei presentándoles una ambiciosa panorámica de lo que la Obra llegaría a ser. Lo relata, por ejemplo, Dolores Fisac recordando uno de los primeros encuentros que tuvieron ella y Amparo Rodríguez Casado con el fundador en 1939:

El Padre [J. Escrivá] estuvo hablándonos a las dos y nos explicó a grandes rasgos el Opus Dei, que nos pareció sobrecogedor y precioso. Me asustó un poco: me veía realmente muy inútil, incapaz de estar a la altura de las circunstancias, que quizá me sobreexcedía y no era para mí... El Padre me quitó toda la inseguridad: la Obra saldría adelante, no con sabios ni con genios, sino con personas escogidas por Dios con la vocación peculiar que Dios nos concedía; y yo la tenía... ¡y grandísima!

El Padre nos habló de la expansión de la Obra, de los apostolados que pondríamos en marcha, del crecimiento de la labor, exactamente como ahora –treinta años después– lo vemos realizado<sup>13</sup>.

El fundador concebía para las mujeres una estructura de gobierno similar a la que ya tenían los varones, y contaba con que desarrollarían con autonomía sus propios apostolados cuando hubiera el número suficiente de mujeres. A la vez, se daba cuenta de la necesidad de la presencia femenina en la atención doméstica de los centros, para que fueran hogares de familia, sobre todo después de la experiencia en la Academia-Residencia DYA, antes de la guerra.

En 1935 había escrito que un centro del Opus Dei «no es colegio, ni convento, ni cuartel, ni asilo, ni pensión: es familia»<sup>14</sup>. Para conseguir eso,

<sup>13</sup> Relación testimonial de Dolores Fisac Serna, Madrid, 2 de septiembre de 1975, Archivo General de la Prelatura (AGP), serie A.5, 0211-02-01. Tanto en este como en los demás relatos testimoniales pondré la fecha la primera vez que aparece, pero no la seguiré repitiendo en cada cita.

<sup>14</sup> Josemaría Escrivá de Balaguer, *Instrucción*, 9-I-1935, cit. en John F. COVERDALE, *La fundación del Opus Dei*, Barcelona, Ariel, 2002, pp. 304-305.

no bastaba con que las relaciones entre los miembros de la Obra tuvieran ese carácter fraternal, sino que el ambiente de la casa –a través del orden, la limpieza, la decoración, la alimentación– transmitiera también ese tono familiar. En la Residencia DYA Escrivá había cubierto las tareas de limpieza, cocina o lavandería contratando personal masculino; trabajaban bajo la dirección de uno de los miembros del Opus Dei, que recibía el cargo de administrador general. Pero la experiencia no había resultado positiva. Eran frecuentes las advertencias de san Josemaría a los de la Obra sobre el ambiente de la residencia y la necesidad de cuidar los detalles pequeños de orden y limpieza para que aquello fuera un hogar<sup>15</sup>.

En 1937, durante su estancia en la Legación de Honduras, el fundador se planteó la posibilidad de contar en el futuro con su madre y su hermana, para que se ocuparan de una manera más directa en la creación de ese ambiente en los centros de la Obra. Más tarde, lo dejó entrever, por ejemplo, a Amparo Rodríguez Casado, cuando le escribía desde Burgos: «No te olvides de rogar al Señor que, si es su voluntad, se sirva de conservar la vida de la Abuela [Dolores Albás], porque la necesitamos por unos años para trabajar por Él»<sup>16</sup>.

Cuando, una vez acabada la Guerra Civil en 1939, se puso en marcha una residencia universitaria en la calle Jenner, la madre y los hermanos de Escrivá se instalaron en una zona apartada, que les permitía mantener cierta independencia. Dolores Albás y su hija Carmen aceptaron el reto que suponía hacer de una residencia un hogar, con las limitaciones y carencias propias de la posguerra española<sup>17</sup>. Su misión no era solo la coordinación de los trabajos que conllevaba la atención doméstica del centro, sino también la de capacitar a las mujeres de la Obra que, a partir de 1940, empezaron a reunirse en esa zona más independiente.

Josemaría Escrivá veía claro que «la presencia de la mujer en el Opus Dei no solo comporta el hecho obvio de que la espiritualidad y la misión de la Prelatura alcanza no solo a hombres, sino, con idéntica identidad y extensión, también a mujeres; sino que constituye también un presupuesto necesario

<sup>15</sup> Cfr. José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *DYA. La Academia y Residencia en la historia del Opus Dei (1933-1939)*, Madrid, Rialp, 2016, pp. 413-420.

<sup>16</sup> Carta de Josemaría Escrivá de Balaguer a Amparo Rodríguez Casado, Burgos, 21 de marzo de 1939, AGP, serie A.3.4, c-390321-1.

<sup>17</sup> Cfr. Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1997-2003, vol. II, pp. 403-405.

para que en el Opus Dei exista de hecho un espíritu de familia»<sup>18</sup>. Esta tarea específica de conseguir ese ambiente hogareño constituía una prioridad para que la Obra respondiera al carisma fundacional. Además, suponía un trabajo con un valor trascendente en sí mismo, por su papel en la santificación de las personas que se ocupaban de esos trabajos. Por eso, transmitió a estas primeras mujeres que, con su dedicación a las tareas domésticas, contribuían a la creación de verdaderos hogares de familia y, por tanto, al desarrollo del Opus Dei. Al mismo tiempo, desde los primeros años, les presentó un amplio panorama de los apostolados que las mujeres desarrollarían con el tiempo, como escribía Encarnación Ortega, recordando el día de agosto de 1942 en que Josemaría Escrivá les hizo una amplia exposición de la misión que les esperaba:

Sobre la mesa extendió un cuadro que exponía las distintas labores que la Sección femenina del Opus Dei iba a realizar en el mundo. Solo el hecho de seguir al Padre, que nos las explicaba con viveza, casi producía sensación de vértigo: granjas para campesinas; distintas casas de capacitación profesional para la mujer; residencias de universitarias; actividades de la moda; casas de maternidad en distintas ciudades del mundo; bibliotecas circulantes que harían llegar lectura sana y formativa hasta los pueblos más remotos; librerías... Y, como lo más importante, el apostolado personal de cada una de las asociadas, que no se puede registrar ni medir<sup>19</sup>.

Narcisa González Guzmán fue testigo también de esas palabras, de las que dejó constancia escrita:

Nos ha hecho dar un vistazo a la Obra (a vista de pájaro) a Encarnita [Encarnación Ortega] y a mí. Es maravilloso. Desde luego sin una inspiración divina a nadie se le puede ocurrir cosa semejante. Me explico perfectamente que nos odien los enemigos de la Iglesia. Antes pensaba muchas veces en el fracaso, ahora desde que veo cómo es esto por dentro nunca se me ocurre semejante cosa. Solamente que yo tal vez no vea los frutos de este árbol, porque soy bastante vieja para ello, pero no me importa mucho, casi es mejor sembrar para que otros recojan<sup>20</sup>.

<sup>18</sup> Fernando OCÁRIZ, *La vocación al Opus Dei como vocación en la Iglesia*, en Pedro RODRÍGUEZ – Fernando OCÁRIZ – José Luis ILLANES, *El Opus Dei en la Iglesia. Introducción eclesiológica a la vida y el apostolado del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1993, p. 190.

<sup>19</sup> Relación testimonial de Encarnación Ortega Pardo, Valladolid, 21 de agosto de 1975, AGP, serie A.5, 0232-01-02.

<sup>20</sup> Diario del centro de la calle Jorge Manrique, 24 de agosto de 1942, AGP, serie U.2.2, D-1002.



También años más tarde recordaba cómo el fundador les explicó, en otra charla que tuvieron en 1943, que

el panorama de apostolados que realizaríamos era impresionante. Solamente un pequeño porcentaje se ocuparía de la Administración de los centros. «Haréis, nos decía, las mismas labores apostólicas de la otra Sección y más». Entonces un pequeñísimo porcentaje de mujeres iban a la universidad y el Padre [J. Escrivá] decía: «habrá hijas mías catedráticos, arquitectos, periodistas, médicos»; otra cosa que no necesitamos creer porque es realidad<sup>21</sup>.

Estos testimonios revelan el protagonismo que para Josemaría Escrivá de Balaguer tenía la mujer en la configuración del mensaje del Opus Dei. Sus planteamientos resultaban innovadores para la mentalidad dominante de los años cuarenta, porque, aunque siempre resaltó el destacado papel de la mujer en el hogar, la veía proyectada, ya en esos años, en todo tipo de profesiones y ocupaciones.

En varios sentidos la posguerra española supuso para la mujer un retroceso en algunos de los derechos que se habían conseguido durante la II República. El discurso político y social puso el acento sobre el papel de la mujer como madre de familia, esposa abnegada y centro del hogar. Además, con la derogación del Código Civil de 1931 –lo que suponía volver al de 1889– las jóvenes quedaban bajo la tutela del padre o del marido, con un afán excesivamente proteccionista<sup>22</sup>. Esta situación se ha achacado en gran parte a la influencia de la Sección Femenina de Falange Española y de la Iglesia Católica. Considero que, en general, la historiografía contemporánea no ha tratado con justicia los movimientos renovadores que surgieron dentro de la propia Falange y, en un plano distinto, en la Iglesia. El documentado estudio de Kathleen Richmond, por ejemplo, sobre las mujeres en el fascismo español, muestra que la Falange era un fenómeno complejo, difícil de encasillar en una ideología única. No se puede olvidar que desde la Sección Femenina se promocionó el acceso de la mujer a la educación secundaria de bachillerato y a la universitaria. A lo largo de los años cuarenta, los números indican

<sup>21</sup> Relación testimonial de Narcisca González Guzmán, Madrid, 5 de septiembre de 1975, AGP, serie A.5, 0216-03-01

<sup>22</sup> Cfr. Rosario RUIZ FRANCO, *¿Eternas menores? Las mujeres en el franquismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, p. 115; Carmen DOMINGO, *Coser y cantar*, Barcelona, Lumen, 2007, pp. 30-32.

que cada vez había más mujeres que accedían al bachillerato, y después a la universidad<sup>23</sup>.

Por otra parte, la revalorización del papel del ama de casa no es solo un fenómeno de la España franquista, sino que se observa también en otros países de Europa y en Estados Unidos. Betty Friedan, en su libro *The Feminine Mystique*, publicado en 1963, analizaba con detalle las razones de la masiva dedicación al hogar de la mujer americana en las décadas de los años cuarenta y cincuenta, hasta el punto de que la mayoría de las mujeres dejaban inacabadas sus carreras universitarias para ocuparse del cuidado de su familia<sup>24</sup>.

Dentro del catolicismo español, junto a la tendencia más conservadora, que consideraba que el lugar de la mujer era el hogar, se desarrollaron otras, renovadoras, que buscaban una verdadera promoción de la mujer. Era este el trabajo llevado a cabo en el campo de la educación por la Institución Teresiana, fundada por Pedro Poveda antes de la Guerra Civil, y sobre todo por la rama femenina de Acción Católica, que durante los años cuarenta vivió un momento de esplendor organizativo, «reflejado en la expansión de sus redes de centros parroquiales y en el incremento del número de socias. Por otro lado, ambas ramas se dedicaron con gran intensidad a otras muchas tareas, además de la piedad y de la beneficencia. Ninguna de estas actividades supuso la adopción de una actitud de relegamiento, sino de implicación activa y politizada en la política recristianizadora y moralizadora de la Iglesia, apoyada por el régimen, y en la política social y de género del franquismo»<sup>25</sup>. Es más, como afirma María Salas, «la Acción Católica puso en sus manos dos armas muy poderosas: la formación, recibida a través de los círculos de estudio, y la acción, a través de los diferentes cargos apostólicos que ejercieron a nivel parroquial, diocesano y nacional; y con ambas armas se

<sup>23</sup> Cfr. Kathleen RICHMOND, *Las mujeres en el fascismo español. La Sección Femenina de la Falange, 1934-1959*, Madrid, Alianza, 2004, en especial, pp. 36-38; Mercedes ROSADO BRAVO, *Mujeres en los primeros años del franquismo. Educación, trabajo, salarios (1939-1959)*, en Josefina CUESTA BURILLO (dir.), *Historia de las mujeres en España. Siglo XX*, vol. II, Madrid, Instituto de la Mujer, 2003, pp. 20-45.

<sup>24</sup> Cfr. Betty FRIEDAN, *The Feminine Mystique (50th Anniversary Edition)*, New York, W.W. Norton Company Inc, 2013, en especial los capítulos 2 y 3.

<sup>25</sup> Inmaculada BLASCO HERRANZ, *Paradojas de la ortodoxia. Política de masas y militancia católica femenina en España (1919-1939)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003, p. 317.

adiestraron en el ejercicio de la planificación, la toma de decisiones y la ejecución de proyectos»<sup>26</sup>.

Aunque el Opus Dei suponía un fenómeno completamente distinto, su fundador veía también que la participación de la mujer en la sociedad debía ser mayor. Algunas de las mujeres que se incorporaron a la Obra durante estos años se sintieron atraídas por un mensaje que les abría un nuevo camino de santidad en medio del mundo, en una época en la que no era habitual que las mujeres desempeñaran una carrera profesional. Eran conscientes, sin embargo, de que por el momento tendrían que dedicarse a crear ambiente de hogar en los centros. El fundador, por otra parte, fue descargando en ellas la organización y gestión de las actividades de formación y apostolado con mujeres, conforme asimilaban el espíritu de la Obra.

Desde estos presupuestos, pasaré a continuación a relatar la historia de estas mujeres a través de sus palabras.

#### APOSTOLADO CON MUJERES DURANTE LA GUERRA CIVIL: MADRID, DAIMIEL, BURGOS (1937-1939)

Durante el tiempo que Josemaría Escrivá permaneció en Madrid, iniciada ya la Guerra Civil, además de mantener el contacto con aquellas primeras mujeres, siguió poniendo medios para buscar otras chicas que entendieran el mensaje del Opus Dei y pudieran sentir una llamada vocacional que les llevara a un mayor compromiso. Dentro de su escasa movilidad, la vía más natural, también después de la guerra, fueron las hermanas de los que ya pertenecían a la Obra. Dolores Fisac y Dolores Jiménez Vargas<sup>27</sup> –ambas hermanas de miembros del Opus Dei<sup>28</sup>– empezaron a colaborar como inter-

<sup>26</sup> María SALAS, *De la promoción de la mujer a la teología feminista*, Santander, Sal Terrae, 1993, p. 19.

<sup>27</sup> Dolores Jiménez Vargas (1914-1994) era hermana de Juan Jiménez Vargas, uno de los primeros miembros del Opus Dei. Vivía en Madrid con sus padres, su hermano Juan y otra hermana, María de la Concepción. No se conoce la fecha de su incorporación al Opus Dei, pero ya pertenecía a la Obra en 1940. Asistía a las clases de formación, ayudaba en la atención doméstica de los centros y era una de las que escribía a las que estaban ausentes de Madrid. A partir de 1941, Josemaría Escrivá le aconsejó que continuara estudiando la carrera universitaria que había interrumpido con la guerra. No llegó a incorporarse al centro de Jorge Manrique en 1942.

<sup>28</sup> Una semblanza completa y documentada de Juan Jiménez Vargas puede verse en Francisco PONZ – Onésimo DÍAZ, *Juan Jiménez Vargas (1913-1997)*, SetD 5 (2011), pp. 229-260.

mediarias del correo entre el fundador y los jóvenes de la Obra escondidos en el Madrid de la guerra o, en el caso de Miguel Fisac, en su casa familiar de Daimiel.

Tanto Miguel Fisac como Juan Jiménez Vargas habían explicado la Obra a sus hermanas. Ellas empezaron a colaborar de forma inmediata en pequeños detalles materiales. Dolores Jiménez Vargas hacía llegar información tranquilizadora a la familia del fundador o a la de otros seguidores de Josemaría Escrivá dispersos por distintos lugares de Madrid, llevaba mensajes a la Legación de Honduras –donde estaban refugiados Escrivá y varios miembros del Opus Dei–, o facilitaba diversos materiales que le pedían, como monos de trabajo para moverse por Madrid, un maletín, unas gafas, alimentos, etc.<sup>29</sup> El fundador aprovechó algunas de esas breves ocasiones en que la veía para hablarle de la Obra. «Llegó la hermana de Juan [Jiménez Vargas] porque se la llamó por el asunto de las gafas; el P[adre] ya le ha lanzado algunas puntaditas; es terreno abonado», comentaba Isidoro Zorzano en el diario que llevaba<sup>30</sup>.

En Daimiel, Dolores Fisac conoció el Opus Dei a través de las cartas que Josemaría Escrivá le enviaba para que las entregara a su hermano Miguel, escondido en la buhardilla de la casa; esa indirecta relación epistolar le permitió percatarse de la profundidad de su mensaje espiritual y responder afirmativamente cuando este le preguntó «si quería ser nieta suya»<sup>31</sup>. La joven tuvo que esperar al fin de la guerra para conocerlo personalmente. El 19 de abril de 1939, Escrivá viajó a Daimiel, y al día siguiente tuvo una larga conversación con Dolores Fisac, en la que le dio una hoja con las prácticas de piedad que vivían los miembros de la Obra y una serie de consejos para su vida espiritual<sup>32</sup>.

Cuando el fundador se instaló en Burgos tras huir del Madrid republicano, pudo desarrollar una tarea de apostolado más estable. En esta ciudad

<sup>29</sup> Por ejemplo, Diario de Isidoro Zorzano, 16 de mayo, 27 de julio y 1 de agosto. También los días 24, 25 y 29 de octubre de 1937, AGP, IZL, D-1122.

<sup>30</sup> Diario de Isidoro Zorzano, 31 de agosto de 1937, AGP, IZL, D-1122. “El P” es el Padre, como los miembros del Opus Dei llamaban de manera familiar a Josemaría Escrivá de Balaguer.

<sup>31</sup> Con el objeto de burlar la censura y evitar que fueran descubiertos, se hacía referencia a Escrivá de Balaguer como “el abuelo”. En una carta con fecha 21 de mayo de 1937, Josemaría Escrivá le planteaba que «me gustaría que llegaras a ser nieta mía», a lo que Dolores Fisac contestó el 7 de julio «¡Qué más puedo yo desear que llegar a ser nieta suya». Cfr. CAGIGAS OCEJO, *Cartas*, pp. 394 y 396.

<sup>32</sup> Relación testimonial de Dolores Fisac Serna, AGP, serie A.5, 0211-02-01.

se había establecido la familia de Vicente Rodríguez Casado; Escrivá conocía a su padre, el coronel Vicente Rodríguez Rodríguez, de la época de Madrid. La madre y una hija, Amparo, se pusieron a disposición de don Josemaría<sup>33</sup>. En un principio, comenzaron a ayudarlo confeccionando lienzos y ornamentos litúrgicos, y ese taller de costura se convirtió en el foco para conocer a nuevas chicas, con la colaboración de la hija, en quien Josemaría Escrivá encontró un apoyo eficaz. Empezaron a reunirse para asistir a actividades de formación que el fundador impartía, como charlas, meditaciones, pláticas, etc. Llegaron a ser unas siete, entre las que se contaban Carmen Munárriz<sup>34</sup> y las hermanas López Collado<sup>35</sup>.

Amparo Rodríguez Casado conservaba un claro recuerdo del contenido de esas clases, como refleja su testimonio, redactado en 1975. «Las clases trataban de vida interior, con aplicaciones prácticas para mejorar la conducta personal. Allí se iba a aprender, no a discutir. [...] Nos decía que debíamos cuidar el trato con Dios y actuar con los demás con naturalidad, yendo a la moda, elegantes, con discreción pero sin ñoñería»<sup>36</sup>.

A finales de 1938, la familia Rodríguez Casado se trasladó a Calatayud. Amparo siguió en contacto con el fundador, preparando ornamentos para la futura residencia de Madrid, y tratando de poner por obra sus consejos.

<sup>33</sup> Amparo Rodríguez Casado (1912-1992) nació en Madrid aunque su infancia transcurrió en Guadalajara donde vivió hasta los siete años. Contrajo una grave tuberculosis a esa edad y la familia se trasladó a Madrid. Finalmente, al estallar la Guerra Civil, consiguieron pasar a Burgos donde conocería al fundador del Opus Dei en 1938. Colaboró activamente en el desarrollo del apostolado del Opus Dei con mujeres, siendo el principal apoyo de Josemaría Escrivá en Madrid desde 1939 a 1941. Una nueva enfermedad le obligó a guardar reposo absoluto, lo que le impidió formar parte de las mujeres que vivieron en el primer centro del Opus Dei, en la calle Jorge Manrique. En 1943 se había recuperado y vivió en la administración de la Residencia Moncloa y en el centro de formación Los Rosales. Sin embargo, no terminaba de asumir el sentido laical de su vocación –como puede verse al leer sus cartas–. En 1950, aconsejada por el fundador, ingresó en el convento de las Adoradoras de Guadalajara, donde murió en 1992. Mantuvo siempre un cariñoso recuerdo de esos años. En 1975 escribió una testimonial para la causa de beatificación de Josemaría Escrivá.

<sup>34</sup> Carmen Munárriz Escondrillas nació en Cascante (Navarra). Se trasladó a Madrid con su familia para empezar los estudios universitarios. Al estallar la guerra huyeron a Burgos, donde conoció y trató al fundador del Opus Dei hasta su vuelta a Cascante. Murió siendo religiosa de los Ángeles Custodios. Relación testimonial de Carmen Munárriz, AGP, serie A.5, 1464-01-07.

<sup>35</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. II, p. 292.

<sup>36</sup> Relación testimonial de Amparo Rodríguez Casado, Guadalajara, 16 de agosto de 1975, AGP, serie A.5, 0239-01-06.

Josemaría Escrivá le transmitía por vía epistolar lo que le había enseñado en Burgos. «Claro que debes hacerte un plan de vida –le decía en una de esas cartas–. Pero es indispensable recordar que los planes de vida –los horarios– se hacen para cumplirlos. ¡La oración! No dejarla por nada. Mira que no tenemos otra arma»<sup>37</sup>. Y pocas semanas antes de que acabara la guerra, intuyendo que pronto podría regresar a Madrid y desarrollar actividades apostólicas, la animaba con estas palabras: «Pronto acabará esto. Es menester disponerse a hacer algo útil ¡Ese plan de vida! Si ahora no nos sujetamos a tan poca cosa, tú verás luego qué vamos a saber hacer [...]. En Madrid nos vamos a encontrar con un verdadero desastre, humanamente hablando: se precisa mucha oración y mortificaciones, para enfrentarse con aquello: tú verás cómo nos ayudas»<sup>38</sup>.

Por eso era también importante que Rodríguez Casado continuara frecuentando el trato con chicas que pudieran entender el Opus Dei, como le recordaba en otra carta: «Piensa –mira despacio– si acaso hay cerca de ti alguna amiga tuya que pueda más tarde trabajar contigo», le aconsejaba en esa misma carta. Y en otra le sugería: «Mira –encomendando bien el asunto primero– a ver si encuentras ahí a alguna amiga tuya que ame a Jesucristo sobre todas las cosas. Así podrías iniciar tu apostolado exterior *discreto*. Quizá sería buena excusa, para este apostolado, la confección de ropa para nuestro Oratorio: el alba, por ejemplo [...]. Tú verás: ora y discurre»<sup>39</sup>.

El tono de las cartas y el testimonio de Amparo Rodríguez Casado dejaba claro que el fundador contaba con ella como un miembro del Opus Dei, igual que con Dolores Fisac<sup>40</sup>. Se consideraba la segunda vocación, como reflejaba en una carta a Dolores Fisac cuando ya estaban en Madrid: «Además [lo] que parece es que no damos la debida importancia a lo que tenemos entre manos. Todo esto es una de las cosas que más me repito a mí misma, por lo que te ruego me perdones que a ti te lo diga y además siendo tú la primera y yo la segunda, por lo tanto las más obligadas a dar ejemplo»<sup>41</sup>.

<sup>37</sup> Carta de Josemaría Escrivá a Amparo Rodríguez Casado, Burgos, 20 de diciembre de 1938, AGP, serie A.3.4, c-381220-1.

<sup>38</sup> Carta de Josemaría Escrivá a Amparo Rodríguez Casado, Burgos, 10 de marzo de 1939, AGP, serie A.3.4, c-390310-4.

<sup>39</sup> Carta de Josemaría Escrivá a Amparo Rodríguez Casado, 16 de enero de 1939, AGP, serie A.3.4, c-390116-1.

<sup>40</sup> Relación testimonial de Amparo Rodríguez Casado, AGP, serie A.5, 0239-01-06, donde recuerda: «Me estoy refiriendo a finales del año 1938. Yo ya le había pedido al Padre [J. Escrivá] ser de la Obra y me había dicho de palabra que sí».

<sup>41</sup> Carta de Amparo Rodríguez Casado a Dolores Fisac, 13 de agosto de 1940, AGP, serie U.1.1.3.

El fin de la guerra y la marcha de Josemaría Escrivá a Madrid marcó el comienzo de una nueva etapa. Al menos contaba con dos mujeres conscientes de la misión que tenían entre manos y estaban decididas a hacerla realidad.

#### EL CRECIMIENTO DE LAS ACTIVIDADES APOSTÓLICAS CON MUJERES EN MADRID (1939-1941)

##### *El Patronato de Santa Isabel y la Residencia de la calle Jenner*

El 1 de abril de 1939 terminó la Guerra Civil. Pocos días antes, el fundador del Opus Dei se dirigió a Madrid en el primer medio de transporte que encontró disponible. Llegó el 28 de marzo de 1939. Estaba deseoso de encontrarse de nuevo con su madre y hermanos y con los miembros de la Obra que se habían quedado allí. La capital era el «verdadero desastre humanamente hablando» que ya imaginaba y había comentado a Amparo Rodríguez Casado. La Academia-Residencia DYA de la calle Ferraz estaba totalmente destruida, por lo que necesitaba encontrar un nuevo inmueble que le permitiera continuar con la tarea apostólica interrumpida durante la guerra.

Junto con las gestiones para encontrar la sede y los medios económicos para instalar la residencia, además de continuar con una intensa actividad pastoral, el fundador consiguió contactar con algunas de las mujeres del Opus Dei que estaban en Madrid, como Felisa Alcolea, Hermógenes García Ruiz o Ramona Sánchez-Elvira. Como ya se ha dicho, se dio cuenta de que habían desarrollado una espiritualidad más propia de la vida consagrada y les facilitó el contacto con instituciones religiosas<sup>42</sup>.

Tanto Rodríguez Casado como Fisac acudían a Madrid para confesarse con don Josemaría. La primera iba casi todas las semanas, porque vivía en Guadalajara y le resultaba más fácil desplazarse. Dolores Fisac, sin embargo, tenía más dificultades para trasladarse desde Daimiel. Consiguió ir por primera vez el 22 de mayo de 1939, con la excusa de que deseaba asistir al desfile de la Victoria, que tendría lugar dos días más tarde. En esos primeros viajes a Madrid conocieron a la madre del fundador, Dolores Albás, y a su hija Carmen. Las dos recordaban el ambiente entrañable y cordial que la abuela –como muy pronto empezaron a llamarla– y Carmen

<sup>42</sup> Cfr. TORANZO, *Los comienzos*, pp. 87-89.

habían conseguido crear en la casa rectoral del patronato y la solicitud de ambas por los jóvenes que se habían unido a don Josemaría siguiendo el mensaje del Opus Dei<sup>43</sup>.

El 3 de julio de 1939 se firmó el contrato de alquiler de dos pisos de la cuarta planta en la calle Jenner nº 6, a nombre de Dolores Albás. Durante el mes de agosto, ante la llegada de solicitudes de plaza, se decidió alquilar otro piso en la planta segunda. Para el inicio del curso de 1939 estaba ya instalada la nueva residencia universitaria en ese inmueble. En la segunda planta se organizó una zona independiente para las habitaciones de la madre y los dos hermanos del fundador, Carmen y Santiago. En esa planta estaba también el comedor, la zona de servicio y el despacho de san Josemaría<sup>44</sup>. Al estar aislada del resto de la casa, las mujeres del Opus Dei tenían allí sus reuniones, junto con amigas interesadas en conocer y vivir el mensaje transmitido por Escrivá.

El fundador animaba a Amparo Rodríguez Casado y a Dolores Fisac a que ampliaran sus amistades. La primera acudió a la parroquia de Santiago con esta finalidad. De esta forma se puso en contacto, por ejemplo, con María Jesús Hereza, una estudiante de Medicina que colaboraba en Acción Católica<sup>45</sup>. La intención de Hereza era acabar cuanto antes la carrera para irse a algún país como misionera, pero cuando Rodríguez Casado le habló de la Obra se le abrió un horizonte nuevo, que le llevó a cambiar sus planteamientos iniciales. El 7 de julio de 1940 tuvo una conversación con el fundador y le manifestó su deseo de pertenecer al Opus Dei. A pesar de que el fundador la animó a consultarlo primero con Casimiro Morcillo, entonces consiliario de las mujeres de Acción Católica<sup>46</sup>, Hereza había tomado su decisión. Ella misma recordaba las esperanzas que Escrivá tenía en las jóvenes que iban solicitando la admisión; le había dicho que «en la rama femenina ellas eran como renuevos de olivo pues había tenido que cortar las primeras ramas con gran dolor de su corazón»<sup>47</sup>.

<sup>43</sup> Relaciones testimoniales de Dolores Fisac Serna, AGP, serie A.5, 0211-02-01, y de Amparo Rodríguez Casado, AGP, serie A.5, 0239-01-06.

<sup>44</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. II, pp. 398-400.

<sup>45</sup> Relación testimonial de Amparo Rodríguez Casado, AGP, serie A.5, 0239-01-06.

<sup>46</sup> Casimiro Morcillo era amigo del fundador de la Obra. Era también vicario general de la diócesis de Madrid-Alcalá. En 1943 fue nombrado obispo auxiliar de Madrid, en 1950 lo fue de Bilbao. De 1955 a 1965 ocupó el cargo de arzobispo de Zaragoza. En 1965 sucedió a Leopoldo Eijo Garay como primer arzobispo de la diócesis de Madrid.

<sup>47</sup> María Jesús Hereza Cuéllar, Relato de vocación, 18 de agosto de 1951, AGP, serie U.1.2.



De otras mujeres no existen referencias tan explícitas sobre el momento en que se incorporaron a la Obra, pero en agosto de 1940 existía un grupo estable de cinco o seis. Junto a Dolores Fisac y Amparo Rodríguez Casado, estaban Dolores Jiménez Vargas, María Jesús Hereza y las hermanas Fernández del Amo, Concepción y Laura<sup>48</sup>. Habían instalado un pequeño taller de ornamentos litúrgicos y acudían para coser en el apartamento que ocupaba la familia del fundador. Aprendieron muchos detalles relacionados con el cuidado de la casa, bajo «la sombra bienhechora de la abuela [Dolores Albás]», en palabras de Amparo Rodríguez Casado<sup>49</sup>. La forma de vida sencilla y alegre de la madre y de la hermana del fundador transmitía de modo natural el estilo de hogar que san Josemaría veía como característico de los centros del Opus Dei. En esa convivencia diaria veían plasmadas en Dolores Albás virtudes como la serenidad, el orden y la importancia de cuidar lo pequeño para que el trabajo estuviera bien hecho<sup>50</sup>.

Se fue haciendo costumbre que se escribieran entre ellas cuando estaban ausentes de Madrid, siguiendo una sugerencia de Josemaría Escrivá, quien les había explicado que era un medio de reforzar los lazos familiares, sostenerse espiritualmente y dar continuidad a la formación que estaban recibiendo. En esas cartas transmitían a las que estaban fuera las ideas recibidas a través de círculos, pláticas o meditaciones. Esa corriente de afecto e impulso sobrenatural se traslucía en misivas como la de Dolores Jiménez Vargas, que el 11 de agosto de 1940 enviaba a Dolores Fisac «cariñosos recuerdos de la abuelita y de Carmen»<sup>51</sup>, o la de Concepción Fernández del Amo, que estaba veraneando en un pueblo de Ávila, quien, después de preguntar por la madre del fundador, continuaba, «tú Carmen [Escrivá] como siempre tan ocupada con tus comidas y cosas; María Jesús [Hereza], ¿sigues estudiando mucho? Supongo irás todos los días un ratito a coser.

<sup>48</sup> Concepción (a la que llamaban familiarmente Conchita) y Laura Fernández del Amo eran la primera y la cuarta respectivamente de una familia de nueve hermanos. Algunos de sus hermanos –Alejandro y José Luis– habían conocido al fundador del Opus Dei antes de la guerra y habían ido por la Academia DYA. La madre había fallecido cuando los menores eran todavía pequeños. Concepción se hizo cargo de la familia. No hay datos exactos sobre cuándo conocieron al fundador de la Obra y del momento en que se incorporaron al Opus Dei, aunque debió ser a través de los hermanos, que siguieron tratando a don Josemaría una vez restaurada la paz.

<sup>49</sup> Relación testimonial de Amparo Rodríguez Casado, AGP, serie A.5, 0239-01-06.

<sup>50</sup> Relación testimonial de Dolores Fisac Serna, AGP, serie A.5, 0211-02-01.

<sup>51</sup> Carta de Dolores Jiménez Vargas a Dolores Fisac, Madrid, 11 de agosto de 1940, AGP, serie U.1.1.3.

Lola [Dolores Jiménez Vargas], la asignatura que te faltaba ¿qué piensas hacer, te vas a examinar? Tú, Amparo [Rodríguez Casado], mañana y tarde allí constante, ¿no? ¿Llamas de vez en cuando a Laura [Fernández del Amo]?»<sup>52</sup>. El fundador insistía en la importancia de mantener esa correspondencia, que llevaba el calor de familia y unía unas a otras. Por eso, por ejemplo, reconvino a Amparo Rodríguez Casado cuando esta le dijo que no había escrito a Concepción Fernández del Amo porque pensaba que no lo necesitaba, «porque estás tan unida y entusiasmada como yo», le contaba cuando finalmente le escribió<sup>53</sup>.

Las actividades de formación consistían en unos círculos, que don Josemaría impartía los viernes a las que ya pertenecían a la Obra, y unas pláticas para amigas y conocidas, los miércoles. A veces ocurría que, a pesar de tener a la gente convocada, Escrivá no podía ir porque le surgían otros compromisos. Uno de los miércoles que no tuvieron plática, escribía Amparo Rodríguez Casado a Concepción Fernández del Amo: «Te aseguro que lo sentí porque había muchas chicas. De algunas de ellas tengo grandes esperanzas. ¡Dios quiera que sean ciertas!»<sup>54</sup>. Los focos de su apostolado eran, además de sus amigas, chicas que conocían en Acción Católica o en otros lugares, las hermanas de los miembros de la Obra y jóvenes que presentaban los sacerdotes amigos del fundador<sup>55</sup>.

Los círculos eran uno de los medios principales que tenía Escrivá para transmitirles el mensaje del Opus Dei. Ellas valoraban su esfuerzo por impartirlos<sup>56</sup>. Les hablaba del plan de vida espiritual, comentaba las virtudes

<sup>52</sup> Carta de Concepción Fernández del Amo, Arenas de San Pedro (Ávila), 10 de agosto de 1940, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>53</sup> Carta de Amparo Rodríguez Casado a Concepción Fernández del Amo, Madrid, 14 de agosto de 1940, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>54</sup> Carta de Amparo Rodríguez Casado a Dolores Fisac, 22 de agosto de 1940. También carta de Concepción Fernández del Amo a Dolores Fisac, 18 de agosto de 1940, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>55</sup> Carta de Amparo Rodríguez Casado a Concepción Fernández del Amo, Madrid, 14 de agosto de 1940, AGP, serie U.1.1.3: le contaba que había conocido una nueva chica «con quien me puso en comunicación Mariano que es un encanto, que si Dios quiere pronto hará el número 9 o 10. Tiene una gran formación y quiere hacer los ejercicios». En estos primeros años es usual encontrar el nombre de Mariano para referirse al fundador de la Obra. Era uno de los nombres con los que fue bautizado y a menudo firmaba con él como manifestación de su devoción a la Virgen.

<sup>56</sup> Carta de Dolores Fisac a Laura Fernández del Amo, 7 de octubre de 1940, AGP, serie U.1.1.3: «De lo que más me acuerdo es de los círculos de los viernes que supongo ahora serán de mayor importancia».

cristianas, trataba de impulsar su entrega y abrirles nuevos horizontes de lucha. A propósito de la lectura espiritual, por ejemplo, Rodríguez Casado recogía en el diario: «Nos habló de la necesidad de la lectura para que nunca dejemos de hacerla, esta sirve para amontonar leña en la leñera interior, para que cuando en la oración nos encontremos que el fuego se va apagando, podamos sin necesidad de recurrir al libro, que no siempre tenemos a mano, coger algún leño que nos sirve para avivar la llama»<sup>57</sup>.

Además de tratar y de llevar a sus amigas a las citadas pláticas, estas jóvenes impartían catequesis a las empleadas de los centros de Martínez Campos y Jenner. Escrivá las impulsaba a ocuparse de proporcionar a las chicas del servicio doméstico una formación humana y espiritual, de la que muchas, llegadas de los pueblos a la capital en busca de trabajo, carecían<sup>58</sup>.

Durante el mes de agosto de 1940, la actividad que ocupó la mayor parte de sus esfuerzos fue la difusión de los ejercicios espirituales que el fundador iba a predicarles el 1 de septiembre en el convento de las Madres Reparadoras. Dolores Jiménez Vargas se lamentaba el 11 de agosto de que no había más de siete apuntadas, y Amparo Rodríguez Casado se quejaba a Dolores Fisac, dos días más tarde, de que no habían conseguido llegar a doce, lo que «me parece una vergüenza», escribía<sup>59</sup>.

Finalmente acudieron trece chicas. Algunas pertenecían al Opus Dei y otras eran conocidas o tenían a Escrivá como director espiritual. Las religiosas habían anotado estas observaciones en su Libro de Registros: «Tanda organizada por D. José María Escrivá a un grupito de trece jóvenes dirigidas suyas. Los hicieron con gran fervor y recogimiento»<sup>60</sup>. Las que acudieron quedaron vinculadas de una forma u otra a las actividades que allí se desarrollaban. Una de ellas, Pilar Yepes, empezó a encabezar, a partir de 1941,

<sup>57</sup> Diario de Madrid, 14 de septiembre de 1940, AGP, serie U.1.2.2, D-1001. También carta de Concepción Fernández del Amo a Dolores Fisac, 18 de septiembre de 1940, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>58</sup> Cfr. ROSADO BRAVO, *Mujeres*, pp. 65-66. La autora resalta que había una mayoritaria dedicación femenina al servicio doméstico porque era un empleo que no necesitaba cualificación y representaba «una de las pocas salidas laborales para mujeres tanto del medio rural como urbano, especialmente para aquellas a quienes su insuficiente formación dificultaba la inserción en el mundo laboral».

<sup>59</sup> Cartas de Amparo Rodríguez Casado, 13 de agosto de 1940, y de Dolores Jiménez Vargas, Madrid, 11 de agosto de 1940, a Dolores Fisac, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>60</sup> Cfr. Constantino ÁNCHEL, *La predicación de san Josemaría. Fuentes documentales para el período 1938-1946*, SetD 7 (2013), pp. 156-157. Además de las fuentes citadas por Ánchel, relata ese curso de retiro María Jesús Hereza, *Relatos de comienzos de la labor, 1951*, AGP, serie U.1.2.

algunas de las cartas dirigidas a otras mujeres de la Obra, pero no hay datos que informen del momento en que pidió la admisión<sup>61</sup>.

A pesar de los avances y del crecimiento de las actividades apostólicas con mujeres, Josemaría Escrivá era consciente de la necesidad de dedicarles más tiempo para que comprendieran bien el mensaje del Opus Dei. Pero las tareas del fundador se multiplicaban con muchos frentes a los que atender. Además de las tandas de ejercicios espirituales que predicó en distintos puntos de la geografía española<sup>62</sup>, tenía que atender la sección de varones, que se incrementaba progresivamente. Temía que su falta de dedicación a la formación de aquellas jóvenes redundara en la adopción de formas y costumbres que no tenían nada que ver con el espíritu laical de la Obra, y procuraba salir al paso de las desviaciones que detectaba, como cuando recordó a Amparo Rodríguez Casado, a propósito de un comentario de esta, que no podía plantear la vocación al celibato a costa de minusvalorar el matrimonio: «Me dice la falta de formación que ello demuestra, cuando gracias a ese sacramento tan santo nosotros estamos en el mundo y cómo nuestra misión principal será formar a las almas para que vayan a recibir este sacramento conociendo su dignidad y santidad; se apena de no haber podido cogernos el tiempo necesario para nuestra formación por su gran trabajo»<sup>63</sup>.

Aunque tenían muy buena voluntad, era frecuente que perdieran el tiempo y se enfrascaran en conversaciones vacías y superficiales: «a las ocho desaparecimos marchando al cuarto de la abuela [Dolores Albás] para hacer la meditación, cosa que no hicimos por charlar; la conversación empezó de una manera absurda, comentamos la unión que teníamos con nuestras madres y no sé cuántas cosas más»<sup>64</sup>. Una de ellas reflejaba que no se atrevía

<sup>61</sup> Pilar Yepes había asistido a los ejercicios espirituales de las Madres Reparadoras, pero entonces no era del Opus Dei. Amparo Rodríguez Casado, en una carta a Dolores Fisac fechada el 17 de octubre de 1940, AGP, serie U.1.1.3, le decía: «Los miércoles siguen viniendo las chicas. La que responde muy bien es Pilar Yepes. Pide para que si es su voluntad pronto sea una de las nuestras». A principios de 1941, escribía ya a las de la Obra como una más. Fue una de las que hicieron la ceremonia de admisión el 14 de febrero de 1941, como se verá más adelante. Al parecer, cuando llegó el momento de vivir en Jorge Manrique, se sintió incapaz de dejar a su madre.

<sup>62</sup> Esa actividad pastoral del fundador del Opus Dei en estos años está ampliamente documentada en el reciente estudio de ÁNCHEL, *La predicación*. Por ejemplo entre los meses de julio y diciembre de 1941 atendió once tandas de ejercicios espirituales entre Burlada (Pamplona), Madrid, Valencia y Lérida.

<sup>63</sup> Diario de Madrid, 28 de mayo de 1941, AGP, serie U.1.2.2, D-1001.

<sup>64</sup> Diario de Madrid, 18 de septiembre de 1940, AGP, serie U.1.2.2, D-1001.

a llevar a sus amigas al piso de Jenner por el ambiente entre infantil y de pérdida de tiempo que se respiraba<sup>65</sup>.

Era Dolores Fisac la que más se daba cuenta de que su comportamiento distaba mucho del que el fundador esperaba:

Había falta de seriedad y quizá poco sentido sobrenatural en nuestras conversaciones que, por supuesto, teníamos delante de la Abuela [Dolores Albás]; ella sí que tenía sentido común y conciencia de la empresa sobrenatural en la que su hijo andaba metido. Por eso, las conversaciones nuestras preocupaban a la Abuela y se las decía a nuestro Padre [J. Escrivá]. Nosotras también se lo decíamos, pero sin ser conscientes de que éramos frívolas y nada sobrenaturales<sup>66</sup>.

Y, sin embargo, volvían a encontrar una y otra vez la comprensión de don Josemaría, que se hacía responsable de las faltas y errores que cometían. «Lo que más nos abruma –escribía María Jesús Hereza– es que el Padre [J. Escrivá] cree que tiene él la culpa de lo mal que lo hacemos nosotras todo [...]; siempre pasa igual, las personas más santas se echan la culpa de todo y disculpan a las demás»<sup>67</sup>.

### *Lagasca y Castelló*

El fundador veía necesario encontrar un lugar donde las mujeres del Opus Dei pudieran reunirse con más independencia. No las veía preparadas para empezar a vivir en un centro, por lo que optó por una solución intermedia: buscar una sede para encontrarse en un lugar diferente, y dejar así la zona que utilizaban en Jenner.

En cuanto a los varones, se veía necesario buscar una segunda sede. Así, a finales de julio de 1940 se encontró una casa en la calle Diego de León, esquina con la de Lagasca. La idea era dejar más plazas libres para universitarios en la residencia de Jenner. Las obras de adaptación empezaron en el mes de agosto<sup>68</sup>, y en octubre se pudo hacer el traslado. También la familia del fundador se mudó allí, donde se les había acondicionado una zona independiente, que tenía también acceso desde la calle Lagasca.

<sup>65</sup> María Jesús Hereza Cuéllar, Relato de vocación, 18 de agosto de 1951, AGP, serie U.1.2.

<sup>66</sup> Relación testimonial de Dolores Fisac Serna, AGP, serie A.5, 0211-02-01.

<sup>67</sup> Carta de María Jesús Hereza a Narcisca González Guzmán, Madrid, 9 de noviembre de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>68</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. II, pp. 408-409.

Este traslado hizo recaer sobre las mujeres del Opus Dei la administración doméstica de la residencia de Jenner, tarea que afrontaron con ilusión, a pesar de su escasa experiencia. Ya se habían encargado de la casa con ocasión de una ausencia de Dolores Albás y su hija Carmen, que habían tenido que marchar a Zaragoza del 16 al 20 de septiembre de 1940. Dos de ellas se quedaron a dormir en la zona donde habitualmente vivía la familia del fundador, y las demás pasaban allí todo el día, y marchaban a sus casas por la noche. Se ocuparon de la compra, de dejar preparado el desayuno y la cena para la residencia, coser visillos y limpiar la casa. El balance de esos días fue positivo y les hizo desear con más fuerza la posibilidad de vivir en un centro. También habían acudido a ayudar algunas chicas que no eran de la Obra. Después de trabajar, hacían la oración con *Camino* y un comentario del Evangelio, antes de marchar cada una a su casa<sup>69</sup>.

El traslado de la familia del fundador a Lagasca –así empezaron a denominar la zona del centro de Diego de León ocupada por la madre y hermanos del fundador– precipitó la búsqueda de un inmueble independiente donde pudieran reunirse. A finales de septiembre se encontró un piso en la calle Castelló que reunía las condiciones<sup>70</sup>. Amparo Rodríguez Casado y Concepción Fernández del Amo acudieron a verlo, y les causó buena impresión: «Es muy mono con cinco cuadradas habitaciones en la parte alta del barrio de Salamanca. [...] Es alegre, con todas vistas al exterior, en fin que me gusta el piso»<sup>71</sup>.

El 25 de septiembre se reunieron en Lagasca con las jóvenes conocidas, en total unas diez, y entre todas ayudaron a terminar de arreglar la zona destinada a la familia de don Josemaría. Allí seguirían encontrándose hasta que pudieran hacerlo en el piso de Castelló. Ese día, al anochecer, Rodríguez Casado relataba satisfecha que «leímos *Camino*, hablé más que un sacamuelas, comentamos el evangelio, salimos entusiasmadas de lo bien que responden»<sup>72</sup>. A finales de octubre aún no habían terminado de preparar el piso, pero habían trasladado casi todos los muebles y restaurado algunos que estaban más viejos<sup>73</sup>. Todas colaboraban llevando enseres de sus casas. El

<sup>69</sup> Diario de Madrid, 16 a 20 de septiembre de 1940, AGP, serie U.1.2.2, D-1001; cartas de Dolores Jiménez Vargas, Madrid, 19 de septiembre de 1940, y de Concepción Fernández del Amo, Madrid, 19 de septiembre de 1940, a Dolores Fisac, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>70</sup> Carta de Concepción Fernández del Amo a Dolores Fisac, 22 de septiembre de 1940. Se lo confirma en otra carta al día siguiente, 23 de septiembre de 1940, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>71</sup> Diario de Madrid, 24 de septiembre de 1940, AGP, serie U.1.2.2, D-1001.

<sup>72</sup> Diario de Madrid, 25 de septiembre de 1940, AGP, serie U.1.2.2, D-1001.

<sup>73</sup> Carta de Dolores Jiménez Vargas a Dolores Fisac, 27 de octubre de 1940, AGP, serie U.1.1.3.

3 de noviembre la instalación estaba completada. Esa misma noche, Escrivá había ido a ver la casa, y después les hizo llegar una nota manifestando que le gustaba cómo habían dejado todo<sup>74</sup>.

Al día siguiente asistieron a la primera reunión en el piso con el fundador, quien manifestó su esperanza en los frutos de esta nueva sede, y confiaba en dedicarles más tiempo, algo que veía prioritario<sup>75</sup>. El 6 de noviembre tuvo lugar la bendición del inmueble, a la que acudieron también Dolores Albás y su hija Carmen<sup>76</sup>.

En una de las meditaciones de esos días, Josemaría Escrivá volvía a culparse por la falta de avance en las actividades apostólicas con mujeres. Pero ahora, en esta nueva etapa, les pedía una mayor determinación en poner en práctica las enseñanzas que les estaba transmitiendo, apoyándose en la virtud de la sencillez y en el trato con la Virgen. Les confirmaba en la idea de que la llamada de Dios era para siempre<sup>77</sup>.

Esas expectativas no llegaron a cumplirse. En los primeros días de diciembre el fundador decidió cerrar el piso y trasladar su actividad a Lagasca. Escrivá explicó a las chicas que el lugar no cumplía la misión que había esperado; había pensado ese piso como un lugar idóneo, en el que recibieran de forma intensiva el espíritu del Opus Dei y empezaran a desarrollar las actividades formativas y de apostolado con sus amigas y conocidas. Sin embargo, sus visitas habían dejado de ser tan frecuentes para evitar las preguntas indiscretas del portero y cortar los comentarios de los vecinos que se preguntaban qué hacía un sacerdote joven yendo con tanta frecuencia a un piso donde se reunían mujeres jóvenes también<sup>78</sup>.

Si bien estos problemas y habladurías eran ya razón suficiente para abandonar el inmueble, se sumaba su preocupación por los comentarios de su madre sobre las conversaciones en que se enfrascaban las chicas, muchas veces impropias de la vida que habían elegido y del sentido sobrenatural con el que debían afrontar las cosas<sup>79</sup>. Todas estas razones le movieron a tomar una rápida y radical decisión, que fue cerrar el piso cuando habían pasado

<sup>74</sup> Diario de Madrid, 4 de noviembre de 1940, AGP, serie U.1.2.2, D-1001.

<sup>75</sup> Diario de Madrid, 5 de noviembre de 1940, AGP, serie U.1.2.2, D-1001.

<sup>76</sup> Diario de Madrid, 6 de noviembre de 1940, AGP, serie U.1.2.2, D-1001.

<sup>77</sup> Diario de Madrid, 1 de diciembre de 1940, AGP, serie U.1.2.2, D-1001.

<sup>78</sup> Diario de Madrid, 6 de diciembre de 1940, AGP, serie U.1.2.2, D-1001.

<sup>79</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. II, pp. 456-457. El autor recoge un testimonio que afirmaba que las chicas en el «piso que tenían, en vez de hablar de apostolado, hablaban de novios».

dos meses escasos de su apertura. Una vez más parecía que el trabajo apostólico con mujeres daba un paso atrás.

Quizá por eso, el traslado a Lagasca supuso una mayor intensidad en la formación. Allí, en efecto, continuaron recibiendo los círculos con regularidad, en los que Escrivá fue desglosando virtudes: obediencia, sencillez, sinceridad, pobreza, etc., y sobre todo las animaba a tener paciencia, porque «todo está para que muy pronto empiece a marchar la parte femenina de la Obra viento en popa», recogía Amparo Rodríguez Casado en el diario<sup>80</sup>. De hecho, el 14 de febrero de 1941 decidió que seis de ellas hicieran la ceremonia de admisión en el Opus Dei, después de prepararse con un retiro el día anterior<sup>81</sup>.

En la tarea de formación, Escrivá contaba con la ayuda imprescindible de su madre y su hermana. Se había creado en torno a ellas un clima familiar de gran cariño y confianza, que se reflejó muy bien en la preocupación de todas ante los primeros síntomas de la enfermedad de Dolores Albás, en abril de 1941. Concepción Fernández del Amo escribió a su hermana, por ejemplo, comentándole su preocupación por doña Dolores, que «está muy molesta y con fiebre y con una llaga en la boca»<sup>82</sup>. Y algunos días más tarde, Fisac le escribía que «lleva tres o cuatro [días] francamente mal, un pulmón lo tiene completamente congestionado y a más varias complicaciones, con este motivo nos turnamos para ayudar a Carmen [Escrivá]»<sup>83</sup>. Sin embargo, no parecía que la enfermedad pudiera tener un desenlace grave. Por eso, el fundador marchó a Lérida para predicar unos ejercicios espirituales a los sacerdotes de la diócesis<sup>84</sup>. Cogió a todos por sorpresa que se agravara tan rápidamente y finalmente falleciera. El 22 de abril, Dolores Albás moría en brazos de Dolores Fisac, que estaba ayudando al médico a hacerle un reconocimiento rutinario.

En los días que siguieron, las cartas que se entrecruzaron entre ellas dejaban constancia del dolor por la pérdida de doña Dolores y del cariño que sentían por ella. Dolores Fisac escribía a Encarnación Ortega, que acababa de incorporarse al Opus Dei: «Ahora hemos pasado unos días bastante

<sup>80</sup> Diario de Madrid, 22 de febrero de 1941, AGP, serie U.1.2.2, D-1001.

<sup>81</sup> Diario de Madrid, 13 de febrero de 1941, AGP, serie U.1.2.2, D-1001. Eran Dolores Fisac, Dolores Jiménez Vargas, Concepción Fernández del Amo, María Jesús Hereza, Amparo Rodríguez Casado y Pilar Yepes. En el diario solo dice que la hicieron seis.

<sup>82</sup> Carta de Concepción Fernández del Amo a su hermana Laura, 17 de abril de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>83</sup> Carta de Dolores Fisac a Laura Fernández del Amo, Madrid, 20 de abril de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>84</sup> Cfr. ÁNCHEL, *La predicación*, pp. 167-168.



impresionantes con la muerte de la abuelita [Dolores Albás] (q.e.p.d.). Era una madre para nosotras, nos quería mucho y lo hemos sentido de verdad»<sup>85</sup>. Concepción Fernández del Amo recordaba su paciencia en una carta a su hermana Laura: «El sufrir sin demostrarlo, una gran paciencia en los padecimientos y en aguantar a los que estábamos a su alrededor, si no era alimento era otra cosa y si no el que se arrojara, en fin no dejarla en paz»<sup>86</sup>.

También las que no llegaron a conocerla sintieron que habían perdido a alguien muy cercano: «Ya nos damos cuenta de los malos días que habéis pasado con la muerte de la “abuelita”; ¡qué santa y qué simpática debía de ser!... Pensemos que si aquí nos ha ayudado mucho, con la influencia que tendrá en el cielo, todavía lo hará con mayor intensidad. Vosotras podéis creer que a pesar de no conocerla la queríamos muchísimo y no tengo que deciros lo que pedimos por ella aunque estamos convencidas no ha de necesitarlo»<sup>87</sup>. Eran palabras muy parecidas a las expresadas por Enriqueta Botella: «Ya nos enteramos de la muerte de la “abuelita” y aunque no la conocía personalmente le había tomado cariño. Estará seguro en el cielo pues debía ser muy buena por lo que contáis todas»<sup>88</sup>. Ese cariño se mantuvo vivo incluso cuando ya había pasado algún tiempo, como reflejaba Narcisa González Guzmán en el diario un año más tarde, cuando don Josemaría y su hermana Carmen la recogieron «para ir a rezar a la tumba de la abuela, como todas la llaman y también yo quiero llamarla así, pues aunque no tuve la dicha de conocerla, me encomiendo a ella»<sup>89</sup>. Años más tarde, Guadalupe Ortiz de Landázuri, un viernes de Dolores, escribía en el diario que se habían acordado de rezar por la “abuela”, y añadía: «Yo, aunque no la he conocido, la quiero también mucho»<sup>90</sup>.

<sup>85</sup> Carta de Dolores Fisac a Encarnación Ortega, 3 de mayo de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>86</sup> Carta de Concepción Fernández del Amo a su hermana Laura, Madrid, mayo de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>87</sup> Carta de Encarnación Ortega a Concepción Fernández del Amo, Valencia, 14 de mayo de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>88</sup> Carta de Enriqueta Botella a Amparo Rodríguez Casado, Valencia, s.f., AGP, serie U.1.1.3. Enriqueta Botella se había incorporado al Opus Dei en el mes de abril, como se explicará en el siguiente epígrafe.

<sup>89</sup> Diario del centro de la calle Jorge Manrique, Madrid, 7 de octubre de 1942, AGP, serie U.2.2, D-1003.

<sup>90</sup> Diario del centro de la calle Jorge Manrique, Madrid, 23 de marzo de 1945, AGP, serie U.2.2, D-1009.

## EXPANSIÓN Y NUEVAS INCORPORACIONES

El mes de abril trajo también algunas alegrías, como la incorporación al Opus Dei de nuevas mujeres: Narcisa González Guzmán en León, y Encarnación Ortega y Enriqueta Botella en Valencia. Este acontecimiento dio inicio a una nueva etapa: estas tres mujeres, junto con Dolores Fisac, serán las que finalmente entiendan el mensaje del fundador. Desde el principio, se percibe en el tono de sus cartas un mayor entusiasmo y una mejor comprensión del carácter laical del camino emprendido.

La actividad apostólica del Opus Dei en Valencia se remontaba a los años anteriores a la guerra. Josemaría Escrivá tenía el proyecto de empezar una residencia universitaria, pero la Guerra Civil lo impidió. Sin embargo, como ya se contaba allí con varios jóvenes, pudo instalarse pronto el primer centro, en el verano de 1939, en la calle Samaniego nº 9. Al año siguiente empezaba una residencia en esa misma calle, en el nº 16. El fundador pudo celebrar la primera Misa en febrero de 1940<sup>91</sup>; visitaba con bastante frecuencia la ciudad, no solo para conocer de cerca la marcha de la residencia y sostener a los miembros de la Obra que allí vivían, sino también para predicar algunos cursos de retiro<sup>92</sup>.

Enriqueta era hermana de Francisco Botella, quien pertenecía a la Obra desde 1935 y había vivido junto a Escrivá el paso de los Pirineos desde la zona republicana a la zona nacional. También había convivido estrechamente con él en Burgos, en el Hotel Sabadell<sup>93</sup>. La joven se había dado cuenta del cambio operado en su hermano desde que había conocido el Opus Dei y estaba agradecida por el trato amable que recibía toda su familia por parte de los amigos de su hermano y los residentes de Samaniego. De modo natural empezó a colaborar junto con su prima, Teresa Espinós, en la confección de lienzos para el oratorio.

Sin embargo, no tomó conciencia de la realidad de la Obra hasta que su hermano se lo explicó en uno de los viajes que hizo a Valencia, siguiendo una indicación de san Josemaría. Ante el planteamiento de que ella podía formar parte de esa empresa apostólica, Enriqueta se expresó claramente: «Yo le contesté escuetamente que admiraba la labor que estaban haciendo y

<sup>91</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. II, pp. 400, 420-422.

<sup>92</sup> Cfr. ÁNCHEL, *La predicación*, pp. 135-139, para consultar la relación de los ejercicios espirituales y retiros predicados en Valencia entre 1939-1942.

<sup>93</sup> Un relato de esos años de convivencia en Burgos puede leerse en Pedro CASCIARO, *Soñad y os quedaréis cortos*, Madrid, Rialp, 1999<sup>11</sup>, pp. 137-178.

todo lo que se podía realizar en el mundo, pero que no contara conmigo; que yo quería casarme y tener hijos. Pero que les ayudaría, como hasta entonces, en todo lo que pudiera»<sup>94</sup>. A pesar de esta actitud inicial, se consideró del Opus Dei a partir de abril de 1941, cuando fue a saludar al fundador, que se encontraba en Valencia predicando unos ejercicios espirituales a la Juventud Femenina de Acción Católica en Alacúas<sup>95</sup>.

Y al entrar y verle, lo primero que se me ocurrió decir fue: «Padre [J. Escrivá], mi hermano me ha hablado de la Obra». Y él, con el mismo afecto de siempre me contestó: «Estoy pidiendo tu vocación». No puedo explicarlo mejor pero, desde aquel momento, me sentí ya del Opus Dei. Había tal seguridad y fe y cariño en el Padre, que me parecía imposible que algo que él pidiera a Dios no lo pudiera alcanzar [...]. Era el jueves de Pasión del año 1941<sup>96</sup>.

Fueron unos días muy fructíferos. Una de las chicas que asistió a los ejercicios espirituales pidió la admisión en la Obra. Se llamaba Encarnación Ortega. Había acudido movida por la curiosidad de oír al autor de *Camino*, libro que conocía y había leído pocos días antes. Después de un forcejeo interior, se decidió a responder afirmativamente a la llamada de Dios que había visto tras la sintética explicación que Josemaría Escrivá le había expuesto: «No sabía que existiese el Opus Dei, pero en aquel momento lo vi perfectamente estructurado y me asustó mucho que Dios me pudiera pedir lanzarme a los comienzos de algo que me parecía maravilloso, que me iba perfectamente, pero que me lo exigía todo»<sup>97</sup>.

Al día siguiente de terminar los ejercicios, Escrivá la citó en la residencia de la calle Samaniego para presentarle a Enriqueta Botella, y desde ese momento empezó a encomendarles diversas tareas relacionadas con la aten-

<sup>94</sup> Relación testimonial de Enriqueta Botella Raduán, Barcelona, 29 de abril de 1976, AGP, serie A.5, 0197-02-01.

<sup>95</sup> Este curso de retiro tuvo lugar del 30 de marzo al 5 de abril de 1941, organizado por el Consejo Diocesano para la Juventud Femenina de Acción Católica, en la casa de las Operarias Doctrineras de Alacúas. Cfr. ÁNCHEL, *La predicación*, pp. 163-165. En estas páginas se recogen los nombres de las mujeres que pusieron por escrito sus recuerdos sobre la predicación del fundador de la Obra.

<sup>96</sup> Relación testimonial de Enriqueta Botella Raduán, AGP, serie A.5, 0197-02-01. El jueves de Pasión en 1941 cayó en 3 de abril.

<sup>97</sup> Relación testimonial de Encarnación Ortega Pardo, Valladolid, 20 de mayo de 1978, AGP, serie A.5, 0232-01-02. Esta parte de su testimonio, que recoge gráficamente su proceso interior, está publicado también en DEL RIEGO GANUZA, *Encarnita Ortega*, p. 22.

ción doméstica de la residencia y la confección de ornamentos y lienzos litúrgicos. Y sobre todo las animó a que fueran «sin prisa, pensando en chicas que pudieran entender lo que Dios, a través de la Obra, pedía», y se comprometió a viajar a Valencia aproximadamente una vez al mes «para insistirnos en puntos concretos de formación y para encauzar nuestras ilusiones apostólicas»<sup>98</sup>.

Para Encarnación Ortega, la llamada de Dios supuso un giro importante en sus gustos y aspiraciones. Hasta ese momento había trabajado en Acción Católica como vice-secretaria de Menores y propagandista de la Juventud Femenina<sup>99</sup>. «Antes me parecía que no podía aspirar a nada mayor que ser propagandista –escribía días más tarde a María Jesús Hereza–, pero ahora veo que Dios tiene otros planes sobre mí y aunque me cuesta bastante (ya que como te digo en Juventud tenía puestas todas mis ilusiones) ya le he dicho que me entregaba sin condiciones y no voy a tener la poca formalidad de volverme atrás»<sup>100</sup>.

Ortega era una mujer activa y entusiasta, que en seguida se puso manos a la obra, sin importarle la tarea de la que se tratara.

Soy muy poco aficionada –decía en esa misma carta– a hacer labores, e indudablemente mi falta de afición es debida a mi poca habilidad. Me acuerdo que cuando ingresé en la cárcel<sup>101</sup> había talleres de costura y una brigada de choque que se dedicaba a cavar, arrancar árboles, cargar y descargar piezas de tela, etc., y yo, aunque todos decían que era un disparate, preferí la brigada de choque al taller, pero por eso no te desanimes,

<sup>98</sup> Relación testimonial de Encarnación Ortega Pardo, AGP, serie A.5, 0232-01-02, cit. en *ibid.*, p. 27, nota 24.

<sup>99</sup> La participación en Acción Católica fue el canal por el que muchas mujeres orientaron sus deseos de trabajar activamente en la reconstrucción nacional, también desde el punto de vista de la recristianización. Aunque es un tema que necesita ser estudiado más a fondo y desde múltiples perspectivas, pueden leerse reflexiones interesantes en BLASCO HERRANZ, *Paradojas*, pp. 317-320; Mónica MORENO SECO, *Creencias religiosas y política en la dictadura franquista*, «Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea» 1 (2002), pp. 261-262; Teresa RODRÍGUEZ DE LECEA, *Mujer y pensamiento religioso en el franquismo*, «Ayer» 17 (1995), pp. 177-185; María SALAS, *Las mujeres de Acción Católica en el franquismo*, «XX siglos» 49 (2001/3), pp. 79-80.

<sup>100</sup> Carta de Encarnación Ortega a María Jesús Hereza, Valencia, 17 de abril de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>101</sup> Encarnación Ortega vivía en Teruel cuando estalló la Guerra Civil. Con 16 años ejerció de enfermera militar hasta que la ciudad se rindió al ejército republicano el 7 de enero de 1938. Fue hecha prisionera junto a su padre y a su hermana Teresa y trasladada a una cárcel en Valencia, donde permaneció hasta que finalizó la guerra. Cfr. DEL RIEGO GANUZA, *Encarnita Ortega*, pp. 12-14.

que estoy dispuesta a si Dios me quiere cosiendo, pasarme el día sentada en una silla y con la aguja en la mano [...] y desde luego pienso hacerlo con alegría<sup>102</sup>.

También en León hubo decisiones de entrega. Narcisa González Guzmán había conocido al fundador de la Obra en agosto de 1940 a través de Eliodoro Gil Rivera, un sacerdote amigo de Josemaría Escrivá. En esa primera entrevista, que tuvo lugar en el palacio episcopal de León, González Guzmán quedó impresionada por las palabras y el mensaje del Opus Dei que le explicó el fundador. Deslumbrada por el panorama que se le abría, le «parecía no tener fuerzas para tanto» y no le dio una respuesta. Escrivá respetó su actitud sin insistirle más, limitándose a darle algunos consejos para crecer en su vida espiritual<sup>103</sup>. Sin embargo, aquella conversación la dejó inquieta. Así lo contaba dos años más tarde en una carta a Amparo Rodríguez Casado: «Cuando hablé con el Padre [J. Escrivá] la primera vez, me quedé completamente decidida a seguir haciendo mi vida vulgar. Nada me volvió a decir porque no le volví a ver hasta que cambié de parecer. Pero estoy segura que pediría tanto por mí que al fin hube de abrir los ojos»<sup>104</sup>.

Volvió a encontrarse con el fundador el 28 de abril de 1941. Había acudido a Madrid con su familia y unos conocidos, los Oliden. Una hija del matrimonio, Aurora<sup>105</sup>, aunque bastante mayor que ella, era amiga suya.

<sup>102</sup> Carta de Encarnación Ortega a María Jesús Hereza, Valencia, 17 de abril de 1941, AGP, serie U.1.1.3. Su círculo de amistades conocía la escasa habilidad que tenía para la costura. Cuando meses más tarde pidió a una amiga que la ayudara en la confección de un alba que estaba cosiendo, «la cara de asombro que puso la pobre criatura al oírme que la estaba haciendo, solo es comparable a la que ponen en casa al ver el gran interés y la mucha afición que se me ha despertado por la costura; esto es muy divertido». Carta de Encarnación Ortega a Amparo Rodríguez Casado, Valencia, 28 de junio de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>103</sup> Para un estudio más detenido de este primer encuentro con el fundador del Opus Dei, cfr. RODRÍGUEZ QUIROGA, *Apuntes*, pp. 357-360.

<sup>104</sup> Carta de Narcisa González Guzmán a Amparo Rodríguez Casado, León, 22 de febrero de 1942, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>105</sup> Aurora Oliden Sáez (1897-1974) nació en Santa María del Invierno (Burgos). Su familia se trasladó a vivir a León cuando ella tenía diez años. En esta ciudad sus padres regentaron varios hoteles. Uno de ellos, el Hotel Inglés –más conocido como Hotel Oliden– estaba situado en una céntrica plaza de la ciudad, la plaza de Santo Domingo. Aurora Oliden se había encargado de la parte financiera del hotel desde los quince años. En el hotel debió conocer a Josemaría Escrivá, pues se hospedó allí en febrero de 1938 y, después de esa fecha, acudió para predicar meditaciones y retiros espirituales en el oratorio que la familia tenía instalado en la zona privada del hotel. Se sintió atraída por el mensaje del fundador

Narcisa González Guzmán no lo sabía, pero Aurora Oliden iba a Madrid con la idea de hablar con don Josemaría Escrivá, decidida a incorporarse al Opus Dei, como ella misma. Las dos tenían la misma inquietud, pero no lo habían hablado entre ellas.

Amparo Rodríguez Casado reflejaba en el diario su admiración ante la categoría personal de Narcisa González Guzmán: «Nisa está encantada, según dice le da miedo encontrarse tan a gusto, vale mucho, es muy leída, sabe lo menos cuatro idiomas [...]. No deja de venir ni un día de los ocho que están en Madrid»<sup>106</sup>.

Estas nuevas incorporaciones trajeron un aire nuevo. Transmitían con sus cartas un gran entusiasmo por los trabajos que debían sacar adelante y por la tarea apostólica que vislumbraban. Narcisa González Guzmán escribía puntualmente cada semana dando noticias de lo que hacía, animando a las demás, preguntando detalles sobre los trabajos que tenían entre manos y expresando su preocupación por acercar a sus amigas a Dios. Ella misma parecía asombrada del cambio operado en sus disposiciones: «Sigo un poco asombrada de mi reacción ¡qué pocas ganas tenía de ir y que impaciente estoy por volver!»<sup>107</sup>, escribía a Dolores Fisac pocas semanas después de su vuelta a León.

Entre los meses de mayo y agosto emprendió lo que ella llamaba “viajes apostólicos” para visitar a algunas amigas que vivían en ciudades cercanas y transmitirles la importancia de estar cerca de Dios. Contagiada por la fe del fundador del Opus Dei, González Guzmán veía más allá del pequeño puñado de mujeres que eran en ese momento: «Nos unen las oraciones comunes y estoy segura que las del Padre [J. Escrivá] por nosotras se encontrarán ante el

del Opus Dei, aunque siempre con grandes dudas. Acudió varias veces a Madrid –en abril de 1941, a los ejercicios espirituales organizados en Lagasca a principios de agosto de 1941 y en mayo de 1942, para ayudar en los preparativos del nuevo centro de mujeres–. Vivió algunos meses en Jorge Manrique, desde el 2 de marzo hasta el 29 de mayo de 1943, como consta en el Diario (AGP, U.2.2, D-1005). Fue perdiendo paulatinamente el contacto. Gran parte de estos datos proceden de la entrevista realizada por Gloria Toranzo a Lourdes Oliden Mata, sobrina de Aurora Oliden, Madrid, 19 de marzo de 2008.

<sup>106</sup> Diario de Madrid, 28 de abril de 1941, AGP, serie U.1.2.2, D-1001. Narcisa González Guzmán tenía aptitud para los idiomas. Aprendió francés en el colegio y sabía inglés e italiano. Había terminado Magisterio el curso anterior. En febrero de 1941, al reestructurarse los órganos diocesanos de Acción Católica, fue nombrada vicepresidenta del consejo diocesano de las Jóvenes de Acción Católica. Cfr. RODRÍGUEZ QUIROGA, *Apuntes*, pp. 350 y 355-357.

<sup>107</sup> Carta de Narcisa González Guzmán a Dolores Fisac, León, 9 de mayo de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

Señor con las que nosotras hacemos por él, por la Obra, por nosotros, los de ahora y los que han de venir»<sup>108</sup>. Seis meses más tarde su entusiasmo y visión de futuro seguían igual, como expresaba en una carta a Enriqueta Botella y Encarnación Ortega: «Siempre pido en la Misa por las que han de venir y os aseguro que con la imaginación me transporto a los siglos futuros para que el Señor cuide desde la cuna a nuestros apóstoles, mejor dicho a sus apóstoles»<sup>109</sup>.

También desde Valencia llegaban buenas noticias. Encarnación Ortega y Enriqueta Botella se reunían casi todos los días para organizar la atención de la residencia de Samaniego, quedar con otras chicas para que les ayudaran en las tareas de costura, o leer la última carta de Madrid o León. Además, Ortega seguía colaborando estrechamente en Acción Católica<sup>110</sup>.

La fuerza apostólica de estas tres mujeres contrastaba con la actitud de las que vivían en Madrid, quienes a veces dejaban escapar expresiones de alivio cuando no acudía nadie a verlas<sup>111</sup> y eran menos sencillas al tratar al fundador, lo que era otra dificultad para que calara en ellas el mensaje de la Obra. Era frecuente que se quedaran calladas cuando Escrivá iba a pasar un rato con ellas o quería compartir buenas noticias de la expansión de la Obra en otros lugares, como reflejaba, por ejemplo, Pilar Yepes en una carta a Laura Fernández del Amo:

[El Padre] bajó a contarnos las cosas de Valencia [...], pues todas calladas como si hablara con muertas. Bueno, todas no, gracias a Amparito [Amparo Rodríguez Casado] que, como siempre amenizó algo aquello, que si no, silencio sepulcral. ¿Tú crees que le hicimos alguna pregunta de las chicas, etc.? Nada, como si nos importase un bledo, cuando se marchó todas dijimos que estábamos voladas en ver lo sosísimas que somos pero no rompimos ninguna. ¡Yo no sé cómo tiene paciencia con nosotras!<sup>112</sup>.

<sup>108</sup> Carta de Narcisa González Guzmán a Dolores Fisac, León, 29 de junio de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>109</sup> Carta de Narcisa González Guzmán a Encarnación Ortega y Enriqueta Botella, León, 31 de diciembre de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>110</sup> Cartas de Encarnación Ortega, Valencia, 14 de mayo y 1 de junio de 1941, y de Enriqueta Botella, Valencia, 28 de junio de 1941, a Dolores Fisac, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>111</sup> A veces en el diario escribían anotaciones de este tipo: «Estamos encantadas cuando estamos solas. Pero no hay que dudar, esto no está en consonancia con el espíritu proselitista que en todas debe imperar». Unos días más tarde, se repetía un comentario de este estilo: «No viene nadie a molestarnos, esta frase está mal por indicar espíritu poco proselitista, pero específica de manera práctica lo que todas sentimos». Diario de Madrid, 24 y 29 de junio de 1941 respectivamente, AGP, serie U.1.2.2, D-1001.

<sup>112</sup> Carta de Pilar Yepes a Laura Fernández del Amo, Madrid, 9 de abril de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

Rodríguez Casado era consciente también de que muchas veces ponían por delante la atención a sus familias, aunque implicara descuidar su trabajo apostólico. «En cuanto se nos pone un familiar enfermo y no de gravedad nos dedicamos como si no tuviéramos otra obligación a cuidarle con esmero, dejando todo lo demás sin hacer y casi sin remordimiento»<sup>113</sup>. Además, escribían a León o Valencia esporádicamente. De hecho, González Guzmán escribió al fundador, sorprendida de que las cartas procedentes de Madrid fueran tan escasas, a lo que le respondió don Josemaría: «Tienes razón sobrada, cuando te quejas de que estas hijas mías se portan mal contigo. Yo creí que te escribían puntualmente cada ocho días»<sup>114</sup>.

Amparo Rodríguez Casado pudo comprobar por sí misma la vibración de Encarnación Ortega y de Enriqueta Botella a propósito de un viaje a Valencia para visitar a su hermana Carmen. Se deshacía en elogios cuando escribió a Madrid: «Tiene 20 años –escribía sobre Ortega en una carta–, una decisión y personalidad impropias en su edad, es Propagandista, Delegada diocesana de menores, y os aseguro vale muchísimo, con un don organizador de primera». Unas líneas más adelante describía a Botella diciendo que es «simpática [...] y muy noble, con 23 años»<sup>115</sup>.

Durante la ausencia de Rodríguez Casado, Fisac se encargaba de llevar las riendas de los trabajos en Madrid, hasta el punto de que alguna afirmaba que «Lola Fisac se está manifestando con grandes aptitudes de directora y con un celo extraordinario para atender a las chicas que nos visitan, catequesis y el día que nos toca confesar»<sup>116</sup>.

En la primera semana de agosto, don Josemaría Escrivá predicó un curso de retiro a las mujeres que entonces pertenecían al Opus Dei y a sus amigas. Aunque en principio parecía que volverían a tenerlo con las Reparadoras, finalmente tuvo lugar en el centro de Diego de León, aprovechando unos días en que la casa estaba vacía<sup>117</sup>. Acudieron también Aurora Oliden y Narcisa González Guzmán desde León y Encarnación Ortega desde Valen-

<sup>113</sup> Diario de Madrid, 6 de abril de 1941, AGP, serie U.1.2.2, D-1001.

<sup>114</sup> Carta de Josemaría Escrivá de Balaguer a Narcisa González Guzmán, Madrid, 5 de noviembre de 1941, AGP, serie A.3.4, 257-3, 411105-1.

<sup>115</sup> Carta de Amparo Rodríguez Casado a Dolores Fisac, 10 de junio de 1941. También carta de Amparo Rodríguez Casado a Narcisa González Guzmán y Aurora Oliden, junio de 1941; carta de Dolores Fisac a Narcisa González Guzmán, 6 de junio de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>116</sup> Carta de Pilar Yepes a Amparo Rodríguez Casado, 8 de junio de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>117</sup> Estos ejercicios espirituales fueron del 3 al 10 de agosto. Cfr. ÁNCHEL, *La predicación*, p. 170. En este artículo el autor hace referencia a los testimonios de Encarnación Ortega y Narcisa González Guzmán sobre los contenidos de esos días de ejercicios.



cia<sup>118</sup>, a pesar de que su familia en un primer momento se había opuesto al viaje. «Nos decían [a ella misma y a Enriqueta Botella] que si estábamos locas queriendo hacer un viaje a Madrid en pleno verano»<sup>119</sup>. Botella, muy a su pesar, tuvo que ver cómo Ortega cogía el tren sin ella, porque no había conseguido que su padre le permitiera ir<sup>120</sup>. En total hubo unas doce asistentes<sup>121</sup>.

Esos días de retiro marcarían profundamente a todas, como se recordarían unas a otras en los meses siguientes. «Os supongo a las dos convertidas en dos carbones encendidos que no contentas con arder, abrasan todo lo que se pone en contacto con ellos», escribía Encarnación Ortega a Narcisa González Guzmán y Aurora Oliden, y a lo que contestó Narcisa González Guzmán: «Me hace gracia tu comparación de los carbones encendidos. Sí, es así. Tú sabes que todas nos encendimos en Madrid. Pero no olvides que el aire que aviva esa llama son vuestras cartas»<sup>122</sup>.

Escrivá les había hablado de su proyecto de empezar un centro de mujeres cuanto antes. Narcisa González Guzmán había vuelto a León con la decisión de hablar con su padre y plantearle la futura marcha a Madrid, en cuanto tuvieran una casa. Sin embargo, los acontecimientos que se sucedieron durante el mes de agosto presagiaban un retraso en estos planes. En primer lugar, la enfermedad de Amparo Rodríguez Casado. Había contraído nuevamente una grave tuberculosis que le obligó a guardar reposo abso-

<sup>118</sup> Las cartas de Encarnación Ortega de estos meses reflejan su carácter decidido; por ejemplo, cartas a Amparo Rodríguez Casado, Valencia, 18 y 25 de julio de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>119</sup> Carta de Encarnación Ortega a Amparo Rodríguez Casado, Valencia, 1 de agosto de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>120</sup> Es necesario situarse en el contexto de la época, para comprender la importancia del permiso paterno respecto a la actuación de las hijas. Hay que tener en cuenta que el Código Civil entonces vigente establecía en su art. 312 lo siguiente: «Las hijas de familia mayores de edad, pero menores de veinticinco años, no podrán dejar la casa del padre o de la madre, en cuya compañía vivan, más que con licencia de los mismos, salvo cuando sea para contraer matrimonio o para ingresar en un Instituto aprobado por la Iglesia». Por esta razón necesitaban del permiso familiar para ausentarse de su casa.

<sup>121</sup> Carta de Amparo Rodríguez Casado a Encarnación Ortega y Enriqueta Botella, AGP, serie U.1.1.3. La carta no tiene fecha, pero debió escribirla entre el 25 y 31 de julio porque, a la vez que anunciaba las fechas de sus ejercicios, daba noticia de los que estaban haciendo los chicos en esos días. En esa carta les comunicaba que serían doce las asistentes; carta de Amparo Rodríguez Casado a Enriqueta Botella, 4 de agosto de 1941, AGP, serie U.1.1.3: cuenta a Enriqueta Botella que Narcisa González Guzmán y Aurora Oliden están en Madrid, y firman también Concepción Fernández del Amo y Dolores Fisac.

<sup>122</sup> Carta de Encarnación Ortega a Narcisa González Guzmán y Aurora Oliden, Daroca, 28 de agosto de 1941. También carta de Narcisa González Guzmán a Encarnación Ortega, León, 31 de agosto de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

luto<sup>123</sup>. Además, los padres de Dolores Fisac no gozaban de buena salud y su madre tuvo una recaída<sup>124</sup>. Por último, el fallecimiento inesperado del padre de Enriqueta Botella proyectó cierta incertidumbre sobre su futura incorporación a la nueva casa, cuando estuviera<sup>125</sup>.

Esta muerte repentina fue una ocasión para fortalecer los lazos establecidos entre ellas. A través de las cartas le hicieron llegar su afecto, tratando de acompañarla en su dolor. Encarnación Ortega sentía especialmente no haber estado con ella en esos duros momentos, pues en esa fecha se encontraba ya de veraneo en Daroca, un pueblo de Zaragoza. González Guzmán consolaba a Botella en una sentida carta: «Quiero decirte que no estás sola. Todas nosotras, las que te conocen y las que no te conocemos, estamos a tu lado con esa unión que tiene por fundamento nuestros ideales comunes»<sup>126</sup>.

A pesar de esas dificultades, siguieron trabajando para adelantar la futura puesta a punto de la casa. Con este motivo, Narcisa González Guzmán habló con su padre a finales de agosto. Era la primera mujer que planteaba en su casa su decisión de entrega a Dios en el Opus Dei y de trasladarse a vivir a Madrid en cuanto fuera posible, lo que transparentaba la solidez de su vocación y que el fundador de la Obra la viera con las cualidades y madurez precisas para estar al frente del centro de mujeres que proyectaba abrir, como así ocurriría<sup>127</sup>. La reacción de su padre, don Celestino, fue positiva: no se opuso, y contestó con un conciso «lo estudiaremos». El entusiasmo de la joven se desbordaba en las diversas cartas que escribió para contar el resultado de su entrevista. Daba además un valioso consejo a quienes en un futuro se encontraran con una situación semejante a la suya: «Para las que todavía no habéis hablado os recomiendo el sistema que no es mío sino de *Camino*,

<sup>123</sup> Carta de Pilar Yepes a Narcisa González Guzmán, Madrid, 19 de agosto de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>124</sup> Carta de Dolores Jiménez Vargas a Enriqueta Botella, Madrid, 19 de agosto de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>125</sup> Carta de Enriqueta Botella a Encarnación Ortega, 26 de agosto de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>126</sup> Carta de Narcisa González Guzmán a Enriqueta Botella, León, 31 de agosto de 1941. También cartas de Encarnación Ortega, Daroca, 27 de agosto de 1941, y de María Jesús Hereza, Madrid, 27 de agosto de 1941, a Enriqueta Botella, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>127</sup> También el resto de las mujeres que por entonces se acercaban a los medios de formación se daban cuenta de la personalidad de Narcisa González Guzmán. Pilar Yepes decía, por ejemplo: «Veo que sigues viajando con fines sobrenaturales. No quiero ofender tu humildad con alabanzas pero siempre admiro en ti el concepto del sentido del cumplimiento de la voluntad del Señor». Carta de Pilar Yepes a Narcisa González Guzmán, Madrid, 9 de octubre de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

ganarse al Ángel Custodio del correspondiente padre y con el nuestro pues ya somos tres contra uno, os aseguro el éxito»<sup>128</sup>.

El mes de septiembre fue un mes duro en Madrid, por la falta de brazos. Pilar Yepes estaba todo el día en la oficina, donde tenía que asistir a unos cursillos, Dolores Fisac se había trasladado a Daimiel con sus padres para pasar allí el resto del verano y Laura Fernández del Amo estaba veraneando en Palencia. Por lo tanto, Concepción Fernández del Amo y Dolores Jiménez Vargas tuvieron que repartirse las tareas. La primera se ocupó de la residencia de Jenner, y la segunda de la de Diego de León. María Jesús Hereza las ayudaba en ratos sueltos, pues estaba haciendo prácticas en el hospital y asistía a clases de alemán. Una carta de Hereza a González Guzmán reflejaba la acumulación de trabajo que tenían: «Mi vida actual es bastante agitada. Por las mañanas voy a Jenner con Conchita [Concepción Fernández del Amo] y después al Hospital y por las tardes tenemos que dar otra vuelta por allí yendo después a Donadío<sup>129</sup>, yo no todos los días porque tengo clase de alemán un día sí y otro no y como salgo tarde ya no voy por allí. Algunas veces lo que hago es salir con amigas para no perder el trato con ellas para cuando llegue octubre»<sup>130</sup>.

Se encontraron además con el problema de la marcha sin previo aviso de la cocinera y todo el servicio de la residencia de Jenner. Pocos días antes habían tenido que despedir a la cocinera de la otra casa, por lo que se encontraban cada vez más solas para afrontar todo el trabajo. Pero ninguna de esas dificultades les hacía perder la alegría, como comentaba María Jesús Hereza a Aurora Oliden, aludiendo a las palabras que en broma les dirigió el fundador para animarlas: «Pues somos pocas, el Padre [J. Escrivá] nos decía el otro día que tenemos que ser ubicuas (es decir, llegar a todos sitios), y cada día estamos más contentas de habernos decidido»<sup>131</sup>.

Enriqueta Botella se esforzaba por sobreponerse a la muerte de su padre atendiendo a su madre y a su hermana y, además, trabajando con

<sup>128</sup> Carta de Narcisca González Guzmán a María Jesús Hereza, 28 de agosto de 1941, AGP, serie U.1.1.3; cfr. RODRÍGUEZ QUIROGA, *Apuntes*, p. 362.

<sup>129</sup> Donadío era la casa de la calle Diego de León. Al principio la llamaban así porque era el nombre del anterior propietario.

<sup>130</sup> Carta de María Jesús Hereza a Narcisca González Guzmán y Aurora Oliden, 25 de agosto de 1941. También carta de Dolores Jiménez Vargas a Narcisca González Guzmán, Madrid, 22 de septiembre de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>131</sup> Carta de Concepción Fernández del Amo a Dolores Fisac, Madrid, 30 de agosto de 1941. También carta de María Jesús Hereza a Aurora Oliden, Madrid, 14 de septiembre de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

otras chicas deseosas de ayudar en la confección de ornamentos litúrgicos<sup>132</sup>. Encarnación Ortega, desde Daroca, escribía divertidas cartas donde contaba en qué ocupaba su tiempo y, sobre todo, sus difíciles encuentros con la costura. Había empezado a acudir a clase de bordado y por el momento solo cosechaba sonoros fracasos: «Hoy he hecho una flor que según Gregorio [su hermano] parece un paracaídas [...]. Cuando vuelvo de clase hay cola en casa para ver mis bordados y reírse de ellos»<sup>133</sup>. Durante los meses de septiembre y octubre, Enriqueta Botella y ella se intercambiaron un buen número de cartas con noticias de sus amigas y proyectos apostólicos para cuando las dos estuvieran juntas en Valencia. Encarnación Ortega, además, preparaba el terreno para desligarse de sus cargos en Acción Católica, consciente de que se acercaba el momento en que tendría que trasladarse a Madrid<sup>134</sup>.

### *Preparativos para el nuevo centro*

Al comienzo del curso, en el mes de octubre, el fundador comunicó a las mujeres del Opus Dei que, una vez hubiera acabado de instalarse un nuevo centro de varones en la calle Villanueva, buscarían casa para ellas<sup>135</sup>. Muy pronto se dieron cuenta de que se trataba de una meta realizable, y los meses de 1941 fueron pasando rápidos con la recogida de muebles y ropas para la sede, que aún no existía pero cada vez se veía más cercana. En el trasero de la residencia de Jenner se empezó a guardar lo que llegaba. Dolores Fisac anunciaba en una carta: «Ya tenemos en nuestro cuarto el retrato de san Nicolás para nuestra casa. También nos han dicho nos traerán un día de estos la cruz»<sup>136</sup>. En febrero de 1942 contaban con el sagrario y habían conseguido además siete camas<sup>137</sup>. La pregunta por el piso se repetía en casi

<sup>132</sup> Cartas de Enriqueta Botella a María Jesús Hereza, Valencia, 1 de septiembre de 1941, y a Encarnación Ortega, Valencia, 1 de septiembre de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>133</sup> Carta de Encarnación Ortega a Enriqueta Botella, Daroca, 6 de septiembre de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>134</sup> Cartas de Encarnación Ortega a Enriqueta Botella, Daroca, 21 de septiembre de 1941; de Enriqueta Botella a Encarnación Ortega, Torrente (Valencia), 25 de septiembre de 1941 y de Encarnación Ortega a Enriqueta Botella, Daroca, 3 de octubre de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>135</sup> Carta de Pilar Yepes a Narcisa González Guzmán, Madrid, 9 de octubre de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>136</sup> Carta de Dolores Fisac a Encarnación Ortega y Enriqueta Botella, Madrid, 7 de noviembre de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>137</sup> Notas sueltas adjuntas al Diario de Madrid, AGP, serie U.1.2.2, D-1001. Aunque esas notas no están fechadas, por los acontecimientos que narran parecen escritas entre el 13

todas las cartas, así como las reflexiones sobre los beneficios que sacarían de la vida en familia: «Cada día deseamos todas más encontrarnos viviendo ya juntas, pues tendremos más facilidad para perfeccionarnos y, sobre todo, la perspectiva de que el Padre [J. Escrivá] se dedicará a nuestra formación nos hace esperarla con mayor anhelo», escribía María Jesús Hereza a Encarnación Ortega<sup>138</sup>.

Enriqueta Botella pudo por fin conocer a las mujeres de la Obra que vivían en Madrid en noviembre de 1941. Su hermana Josefina padecía desde hacía tiempo una grave tuberculosis. Con el fin de tener otra opinión cualificada, su hermano Francisco había pedido cita a un médico de Madrid. Era la oportunidad de un cambio de aires para todos; y para Enriqueta, la ocasión de conocer Lagasca y a las otras chicas. Carmen Escrivá le dio la bienvenida, le enseñó la casa y le presentó a las que iban llegando. «Las conocía a todas sin verlas, pues tú me las describiste muy bien», escribirá esa misma tarde a Encarnación Ortega<sup>139</sup>.

A fines de año, Josemaría Escrivá las reunió para impulsarlas a rezar y a moverse para conseguir la nueva casa:

Ayer nos citó el Padre [J. Escrivá] para hablarnos [...] –relataba una de ellas–. Nos dijo que empezáramos a hacer una novena ayer mismo acompañada de mortificaciones [...], en cuanto la terminemos se empezará a buscar la casa. Y que en cuanto tengamos el sagrario nos dará tres días de ejercicios en los que no dejará de repetirnos hasta la saciedad que la que no esté dispuesta a entregarse por completo, es decir a ser santa, a ser mártir, que no se quede. Que no nos quiere engañar, que nuestra vida va a ser dura, sobre todo al principio, pero después de pintarnos el panorama para que la que se asuste no vaya [...], nos habló de la felicidad que da Dios al alma que cumple su voluntad aun en medio de las tentaciones, calumnias,

y el 23 de febrero de 1942. La autora es Amparo Rodríguez Casado. La noticia de que ya tenían sagrario apareció en una carta de Enriqueta Botella a Narcisca González Guzmán y Aurora Oliden, Valencia, 17 de febrero de 1942, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>138</sup> Carta de María Jesús Hereza a Encarnación Ortega, Madrid, 27 de septiembre de 1941. También cartas de Dolores Fisac a Encarnación Ortega y Enriqueta Botella, Madrid 7 de noviembre de 1941: «Nuestra casita está al caer, esta tarde precisamente nos ha hablado el Padre [J. Escrivá] y dice que van a buscarla enseguida, no falta más que terminar de poner la casa de los licenciados y doctores que es la cuarta aquí en Madrid»; de Dolores Fisac a Narcisca González Guzmán, 16 de noviembre de 1941; de María Jesús Hereza a Narcisca González Guzmán y Aurora Oliden, Madrid, 30 de noviembre de 1941, AGP, serie U.1.1.3; Diario de Madrid, AGP, serie U.1.2.2, D-1001, p. 84.

<sup>139</sup> Carta de Enriqueta Botella a Encarnación Ortega, 14 de noviembre de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

humillaciones, etc. En cuanto vivamos juntas nos dará el Padre todos los días una meditación<sup>140</sup>.

Escrivá les insistía en la importancia de prepararse interiormente para el momento histórico del que iban a ser protagonistas. El retiro que les predicó el día de la Inmaculada respondía también a ese deseo de hacerlas conscientes de lo que se avecinaba. «Este adviento está siendo para nosotras de doble preparación pues la casa es una cosa inmediata [...]. Dijo también no nos dábamos cuenta de la importancia que era ser las primeras y [comenzar] la primera casa», se reflejaba en una carta<sup>141</sup>.

La inminencia del primer centro de mujeres repercutía también en la actividad desplegada por Ortega y Botella en Valencia. Su implicación en la atención doméstica de la residencia de varones era cada vez mayor. Se ocupaban personalmente de confeccionar los menús y de enseñar a las empleadas de hogar, además de buscar con iniciativa maneras para que el tono y ambiente de la casa fuera el de una familia. Les parecía que estos trabajos eran también un medio de involucrar a las chicas que iban conociendo y de tener más oportunidades de explicarles el mensaje del Opus Dei. En las cartas que escribían a Madrid o a León se nombraba con frecuencia a Rosa López Amo –Rosita, la llamaban–<sup>142</sup> y a otra chica, Elena, de la que solo se conoce el nombre. Eran constantes en la asistencia a las reuniones de los viernes en Samaniego, donde realizaban diversas tareas domésticas y acababan con un comentario del Evangelio y un rato de oración con *Camino* antes de marchar cada una a su casa<sup>143</sup>.

Las actividades apostólicas recibieron un impulso con los ejercicios espirituales que Josemaría Escrivá predicó nuevamente en Valencia del 14 al 20 de diciembre de 1941 a universitarias de Acción Católica<sup>144</sup>. El fundador

<sup>140</sup> Carta de María Jesús Hereza a Narcisa González Guzmán y Aurora Oliden, 4 de diciembre de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>141</sup> Carta de Dolores Fisac a Narcisa González Guzmán y Aurora Oliden, Madrid, 8 de diciembre de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>142</sup> Rosa López Amo era hermana de un miembro de la Obra, Ángel López Amo. Colaboró estrechamente con Encarnación Ortega y Enriqueta Botella aunque no llegó a ser del Opus Dei. A través de ella, su hermana Victoria se decidió a formar parte de la Obra en 1942.

<sup>143</sup> Cartas de Encarnación Ortega a María Jesús Hereza, Valencia, 30 de octubre, 2 de diciembre y 14 de diciembre de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>144</sup> Cfr. ÁNCHEL, *La predicación*, pp. 173-174. Se recogen los datos de los ejercicios y algunos de los testimonios de las asistentes. Por una de las cartas de Encarnación Ortega se sabe, además, que hubo veintidós asistentes. Cartas de Enriqueta Botella a Concepción Fer-

aprovechó esos días de retiro para verlas todos los días, impartirles el círculo y conocer a otras chicas que estaban colaborando con las faenas domésticas en la residencia. En esas visitas les confirmó que contaba con ellas para empezar el nuevo centro en Madrid, pero mientras tanto necesitaba que siguieran dedicando generosamente su tiempo a la atención de la residencia, como venían haciendo. Ellas, además, se ilusionaron con la idea de ofrecer formación cristiana a las empleadas. Las catequesis eran semanales y terminaban con el rezo del Rosario y el comentario del Evangelio del día<sup>145</sup>. Para el mes de febrero, dos de las chicas habían decidido hacer ejercicios espirituales<sup>146</sup>.

Contactaron de nuevo con las universitarias que habían hecho los ejercicios y tenían interés en conocer más el Opus Dei. Desde principios de enero de 1942, el grupo de universitarias que echaban una mano con asiduidad en el centro de Samaniego había aumentado, y algunas manifestaban inquietudes de una mayor entrega a Dios<sup>147</sup>.

Tanto Encarnación Ortega como Enriqueta Botella colaboraban activamente en Acción Católica; la primera mantenía su responsabilidad como delegada de Aspirantes y la segunda había sido nombrada vocal de Piedad. Aunque valoraban el trabajo que hacían, las dos sentían que les restaba tiempo y fuerzas para la misión concreta que Dios les había pedido. Sus pensamientos giraban en torno a la tarea apostólica que tenían encomendada: «Estamos muy alerta y con ojo tratando a las chicas, no paramos un momento de pensar: cómo las veremos, cómo se lo diremos, por dónde entraremos, en fin, mil cosas se nos ocurren y me parece que no hacemos nada»<sup>148</sup>.

También Narcisa González Guzmán trabajaba mucho en León: «Me paso el día dedicada a la Acción Católica o a las amigas a quien quiero, algu-

nández del Amo, Valencia, 18 de diciembre de 1941, y de Encarnación Ortega a Narcisa González Guzmán, Valencia, 23 de diciembre de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>145</sup> Cartas de Encarnación Ortega a María Jesús Hereza, Valencia, 21 de diciembre de 1941, y de Enriqueta Botella a Narcisa González Guzmán, Valencia, 23 de diciembre de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>146</sup> Cartas de Encarnación Ortega a Dolores Fisac, Valencia, 30 de diciembre de 1941; de Enriqueta Botella a Narcisa González Guzmán, Valencia, 30 de diciembre de 1941, y de Dolores Fisac a Narcisa González Guzmán, Madrid, 31 de diciembre de 1941, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>147</sup> Cartas de Encarnación Ortega a Narcisa González Guzmán y Aurora Oliden, Valencia, 18 de enero de 1942; a Narcisa González Guzmán, Valencia, 2 de febrero de 1942, y a Dolores Fisac, 6 de febrero de 1942, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>148</sup> Carta de Encarnación Ortega a Narcisa González Guzmán y Aurora Oliden, Valencia, 10 de febrero de 1942. También carta de Enriqueta Botella a Dolores Fisac, Valencia, 22 de febrero de 1942, AGP, serie U.1.1.3.

nas las conoceréis, al menos dos, porque irán a verme a Madrid»<sup>149</sup>. El obispo le había pedido que dejara la Juventud de Acción Católica para pasarse a la sección de Mujeres Católicas, lo que suponía un aumento de trabajo, pues por una parte debía acudir a cursillos de formación para ella e impartir charlas a las más jóvenes. Pero no dejaba de exprimir el tiempo para hablar con sus amigas y conocidas con la esperanza de que alguna pudiera entender el Opus Dei. Estaba convencida de que del mismo modo que las oraciones del fundador la habían ayudado a decidirse, ocurriría de igual manera con otras muchas mujeres, si entre todas rezaban y trabajaban por esa intención<sup>150</sup>.

Las cartas que Escrivá dirigía a unas y a otras las llenaban de fe y ánimo: «He leído en estos días dos cartas del Padre [J. Escrivá]; como siempre, aumentan el entusiasmo», decía González Guzmán; y también Botella señalaba en otra carta: «Cuando nos habla el Padre parece que revivimos y sus cartas, aunque cortas, están muy “llenas”. Cada palabra suya es un punto de meditación»<sup>151</sup>.

Mientras, la residencia de la calle Jenner seguía acumulando muebles, tanto que «parece más bien el Rastro<sup>152</sup>, con tres o cuatro mesas, un aparador y más chismes»<sup>153</sup>. Era evidente que a Josemaría Escrivá le urgía que se instalara cuanto antes la casa y mantenía viva la esperanza de que encontrarían muy pronto el inmueble adecuado. Así, ante una carta de Narcisa González Guzmán en la que daba por hecho que pasaría el invierno en León, Dolores Fisac le transmitió que «al leer tu carta el Padre [J. Escrivá] dijo, qué disparate, pero se cree que para Pascua no vamos a tener casa, escríblele y decídselo, que para entonces ya estará aquí». Pero por el momento tenían que conformarse con tener casi todo preparado para cuando se diera con un

<sup>149</sup> Cartas de Narcisa González Guzmán a María Jesús Hereza, a Encarnación Ortega y a Enriqueta Botella, León, 22 de febrero de 1942, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>150</sup> Cartas de Narcisa González Guzmán a Dolores Fisac, León, 2 de marzo de 1942; a Concepción Fernández del Amo, León, 22 de marzo de 1942; a Encarnación Ortega y Enriqueta Botella, León, 29 de marzo de 1942: «Esta temporada estoy yendo cada día de paseo por una carretera con dos o tres amigas que si abrieran los ojos podrían ser de las nuestras. Esperemos que el milagro del ciego de nacimiento se repita»; a María Jesús Hereza, León, 29 de marzo de 1942, y a Dolores Fisac, León, 5 de abril de 1942, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>151</sup> Carta de Narcisa González Guzmán a Encarnación Ortega y Enriqueta Botella, León, 22 de febrero de 1942. También carta de Enriqueta Botella a Narcisa González Guzmán, Valencia, 17 de febrero de 1942, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>152</sup> El Rastro es un popular mercado de Madrid, al aire libre, de objetos de segunda mano. Tiene lugar los domingos y festivos. Nació hacia 1740 en el barrio de Lavapiés.

<sup>153</sup> Carta de Dolores Fisac a Narcisa González Guzmán, Madrid, 27 de febrero de 1942, AGP, serie U.1.1.3.



inmueble<sup>154</sup>. Ellas mismas hicieron alguna búsqueda, además de ponerlo en manos de agencias inmobiliarias. Escrivá les había dado algunas orientaciones después de la mala experiencia del piso de la calle Castelló. Por eso les sugirió que buscaran «un hotelito para más independencia pues un piso es algo inaguantable por los dimes y diretes de porteras, criadas, etc.»<sup>155</sup>. En el mes de febrero habían sufrido la decepción de encontrar demasiado tarde una casa con las condiciones requeridas en la calle Ayala, pues cuando fueron a solicitar información ya estaba alquilada<sup>156</sup>.

La estancia de Escrivá en Valencia durante la segunda semana de marzo de 1942 supuso un buen impulso. Encarnación Ortega y Enriqueta Botella avisaron a sus amigas para una plática y para la Misa que el fundador iba a celebrar en Samaniego. Confiaban en la eficacia de su predicación, pues, como afirmaba Botella, «es tan santazo el Padre que por fuerza tenemos que ser nosotras santas también»<sup>157</sup>. En esa ocasión, el fundador aprovechó para recordarles que las mujeres en el Opus Dei estaban llamadas a desempeñar otros trabajos: «Aunque inicialmente tendríamos que llevar la Administración de las pocas casas que había, un poco más adelante haríamos una labor paralela a la que realizaban los chicos. Pero había que tener paciencia: mucha fe en Dios –nos dijo– y un poco de fe en él, que era un pobre pecador»<sup>158</sup>.

A principios de abril, Josemaría Escrivá viajó también a León. Narcisa González Guzmán se lamentaba de no tener un grupo de chicas preparadas para escucharle, como había ocurrido en Valencia<sup>159</sup>. En sus cartas expresaba la urgencia por que hubiera ya más jóvenes de la Obra, algo que incluso veía más importante que encontrar la casa; tanto era así que afirmaba: «Os digo sinceramente que me preocupa mucho menos la casa que el que seamos

<sup>154</sup> Cartas de Narcisa González Guzmán a Dolores Fisac, León, 8 de febrero de 1942, y de Dolores Fisac a Narcisa González Guzmán, Madrid, 27 de febrero de 1942, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>155</sup> Carta de Concepción Fernández del Amo a Narcisa González Guzmán, 5 de febrero de 1942, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>156</sup> Carta de María Jesús Hereza a Encarnación Ortega y Enriqueta Botella, Madrid, 21 de febrero de 1942, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>157</sup> Carta de Encarnación Ortega a Narcisa González Guzmán, Valencia, 9 de marzo de 1942. También carta de Enriqueta Botella a Narcisa González Guzmán, Valencia, 14 de marzo de 1942, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>158</sup> Relación testimonial de Encarnación Ortega Pardo, 20 de mayo de 1978, AGP, serie A.5, 0232-01-02.

<sup>159</sup> Carta de Narcisa González Guzmán a Encarnación Ortega y Enriqueta Botella, León, 5 de abril de 1942, AGP, serie U.1.1.3.

alguna más. Casas sobran, vocaciones no»<sup>160</sup>. Aunque finalmente terminó dando la razón a Encarnación Ortega, convencida justamente de lo contrario: «Yo no coincido contigo Nisa [Narcisa González Guzmán] en creer hay algo más urgente que la casa, porque cuando estuvo Mariano [J. Escrivá] aquí nos dijo era lo principal aunque se empezase con una (así empezaron los chicos) y que una vez resuelto esto veríamos con qué facilidad iban viniendo más vocaciones»<sup>161</sup>. Estas palabras, unidas a las conversaciones con el fundador en León, terminaron por cambiar el orden de sus prioridades<sup>162</sup>.

Este breve cruce de cartas muestra la urgencia de san Josemaría por empezar cuanto antes el centro. Como había ocurrido con los varones, era consciente de la necesidad de un lugar que diera cohesión y fuera punto de referencia para el trabajo de formación y apostolado que desarrollaban. Debió ver con especial claridad que Narcisa González Guzmán y Encarnación Ortega poseían la fuerza y capacidad organizativa para sacar adelante el proyecto.

A finales de mayo, Encarnación Ortega habló con su padre para anunciarle que, aunque marcharía con ellos a Zaragoza –la familia se trasladaba a la capital aragonesa por el trabajo del padre–, se iría a vivir a Madrid en cuanto tuvieran una casa. La noticia fue recibida con consternación, porque contribuía mucho a la familia por su alegría y disponibilidad. Pero su padre, aunque apenado, le aseguró que no se opondría a su marcha<sup>163</sup>.

Más difícil era la situación de Enriqueta Botella. Su madre, con una salud bastante mermada desde la muerte de su marido, enfermó gravemente de pulmonía en el mes de abril. Debido a su débil constitución, no superó la enfermedad y falleció a finales de ese mes<sup>164</sup>. El dolor de la joven era muy grande, pero a la vez se sentía confortada y animada por todas. «¡Qué gracias tenemos que dar de pertenecer a la Obra!», afirmaba en una de sus cartas<sup>165</sup>.

<sup>160</sup> Carta de Narcisa González Guzmán a Encarnación Ortega y Enriqueta Botella, León, 15 de marzo de 1942, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>161</sup> Carta de Encarnación Ortega a Narcisa González Guzmán, Valencia, 5 de abril de 1942, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>162</sup> Carta de Narcisa González Guzmán a Encarnación Ortega, León, 12 de abril de 1942, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>163</sup> Cartas de Enriqueta Botella a Dolores Fisac, Barcelona, 1 de junio de 1942; de Encarnación Ortega a María Jesús Hereza, Valencia, 1 de junio de 1942 y a Enriqueta Botella, Valencia, 2 de junio de 1942, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>164</sup> Cartas de Encarnación Ortega a Concepción Fernández del Amo, Valencia, 9 de abril de 1942, y a Dolores Fisac, Valencia, 16 de abril de 1942, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>165</sup> Carta de Enriqueta Botella a Dolores Fisac, Valencia, 29 de abril de 1942, AGP, serie U.1.1.3.

Todo esto suponía un cambio total en sus planes de futuro. No era viable marchar a Madrid, pues no podía dejar sola a su hermana. Por otra parte, su hermano Francisco acababa de sacar unas oposiciones a cátedra para la Universidad de Barcelona. Escrivá aconsejó a los hermanos que se trasladaran a vivir a la Ciudad Condal y darle allí un hogar a Josefina<sup>166</sup>. Enriqueta Botella tuvo que centrarse en desalojar la casa de sus padres en Valencia. A principios de junio ya estaban viviendo en Barcelona, en un piso que habían encontrado para ellos los miembros de la Obra que vivían en esta ciudad<sup>167</sup>.

Mientras tanto, en Madrid había buenas noticias. En abril de 1942, una de las empleadas que trabajaba en el centro de la calle Diego de León hizo la primera comunión después de un año de catequesis. El acontecimiento fue celebrado adecuadamente con la entusiasta colaboración de Carmen Escrivá, que preparó un desayuno de churros con chocolate, «unos puros según los bautizó Carmen [Escrivá] hechos por ella que sabían a maravillas»<sup>168</sup>. Ese mes conocieron a Visitación Alvira, cuya familia acababa de trasladarse a Madrid. Un hermano de Visitación, Tomás, conocía al fundador de la Obra desde antes de la guerra y había cruzado con él los Pirineos para pasarse a la zona nacional. Tomás Alvira había manifestado su deseo de pertenecer a la Obra<sup>169</sup>, y llevado de su entusiasmo por el Opus Dei, puso en contacto con las mujeres de la Obra de Madrid a su hermana, que quedó muy contenta al ver el ambiente que se respiraba en Lagasca. Años más tarde recordaba que «de un modo sencillo, me encontré con que la mayoría de las tardes iba a Lagasca, por la Administración, y con Carmen [Escrivá], Lola Fisac y otras chicas, teníamos un rato de tertulia en que cosíamos cosas de oratorio, sobre todo casullas. Se estaba muy bien en ese ambiente, impulsadas a través de Carmen [Escrivá] por el Padre [J. Escrivá]»<sup>170</sup>. Solo había pasado aproximadamente un mes cuando pidió ser admitida en el Opus Dei, el 23 de mayo<sup>171</sup>.

<sup>166</sup> Relación testimonial de Enriqueta Botella, AGP, serie A.5, 0197-02-01.

<sup>167</sup> Cartas de Enriqueta Botella a Dolores Fisac, Valencia, 17 de mayo de 1942, y a Encarnación Ortega, Barcelona, 1 de junio de 1942, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>168</sup> Hojas sueltas en el Diario de Madrid, 10 de abril de 1942, AGP, D-1001.

<sup>169</sup> Una semblanza es la de Antonio VÁZQUEZ, *Tomás Alvira: una pasión por la familia. Un maestro de la educación*, Madrid, Palabra, 1997, 333 pp.

<sup>170</sup> Relación testimonial de Visitación Alvira, Madrid, 11 de agosto de 1975, AGP, serie A.5, 1435-01-21.

<sup>171</sup> Notas sueltas del Diario de Madrid. En esas notas sueltas se da esa fecha concreta, aunque en cartas del mes de abril se refieren ya a ella como «la nueva que ha entrado». Carta de María Jesús Hereza a Narcisca González Guzmán, Madrid, 20 de abril de 1942. También

Las noticias sobre el primer centro empezaban a ser más positivas. El 7 de mayo Enriqueta Botella contaba a Narcisa González Guzmán que Dolores Fisac le había comunicado que «se ha encontrado un hotel bastante bueno», pero aún no se había ultimado, por lo que había que arreciar con las oraciones; el domingo 17 de mayo, María Jesús Hereza escribía a Encarnación Ortega y Enriqueta Botella que el miércoles 20 se firmaría el contrato de la nueva casa. El 3 de junio Narcisa González Guzmán anunció que por fin se iba a vivir a Madrid porque ya tenían una casa, «ahora de verdad y con toda clase de seguridades pues está firmado el contrato»<sup>172</sup>. La vivienda estaba situada en el nº 19 de la calle Jorge Manrique, al final de la calle Serrano y próxima a avenida de la Castellana.

González Guzmán describía la casa con detalle:

Es de estilo moderno, con ventanas grandes, terrazas y un jardín lleno de madreSelvas y otras flores. Por dentro, en la planta baja el comedor y al lado el cuarto de estar con chimenea. Al lado del comedor, el ofis [*sic*], con montacargas porque la cocina está en el sótano. En el primer piso irá el oratorio, todo con azul y que no te explico porque lo hago muy mal, pero es un verdadero acierto y lleno del buen gusto que caracteriza todo lo nuestro. En ese mismo piso están los dormitorios. Hay dos cuartos de baño y varios lavabos. Tiene muchos armarios empotrados en la pared y una librería, en el primer piso, también en esa misma forma... Se me ha olvidado decirte el sitio. Una calle que va de Serrano a la Castellana, hacia el final. Tranquilísimo y de lo más a propósito para empezar allí nuestra vida de familia<sup>173</sup>.

cartas de Encarnación Ortega a Dolores Fisac y Narcisa González Guzmán, Valencia, 22 de abril de 1942, y de Narcisa González Guzmán a Dolores Fisac, León, 26 de abril de 1942, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>172</sup> Carta de Enriqueta Botella a Narcisa González Guzmán, Valencia, 7 de mayo de 1942. También cartas de María Jesús Hereza a Encarnación Ortega y Enriqueta Botella, Madrid, 17 de mayo de 1942; de Narcisa González Guzmán a Encarnación Ortega y Enriqueta Botella, León, 3 de junio de 1942, y de Enriqueta Botella a Encarnación Ortega, Barcelona, 4 de junio de 1942, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>173</sup> Carta de Narcisa González Guzmán a Encarnación Ortega, León, 11 de junio de 1942, AGP, serie U.1.1.3. También Laura Fernández del Amo describe la casa después de una visita con Carmen Escrivá: «Es francamente acogedor. Tiene dos pisos, sótano y azotea, decorado e instalaciones con mucho detalle y un cuadro de jardín bastante grande que a pesar de estar abandonado, por no estar habitado, tiene una cantidad de rosales y madreSelvas que a las siete y media de la tarde, que fue a la hora que estuve con Carmen, estaba tan agradable que no veíamos el momento de irnos». Carta de Laura Fernández del Amo a Encarnación Ortega, Madrid, 13 de julio de 1942, AGP, serie U.1.1.3.

Narcisa González Guzmán había confirmado a su padre que marcharía a Madrid para finales de junio, además de decírselo a sus hermanos y, lo más costoso, a su madre. «Se quedan sorprendidos, pero todos lo acogen bien y fijaros, se entusiasman con la Obra. Estoy segura de que serán unos buenos colaboradores», contaba a Ortega y Botella. Una vez se celebrara la asamblea de Acción Católica, anunciada para el 27 o el 28 de junio, contaba con ceder sus cargos y marchar a Madrid para dirigir la instalación de la nueva casa<sup>174</sup>.

Encarnación Ortega, que estaba trabajando en el traslado de su familia a Zaragoza, contaba los días que le quedaban para estar en Madrid<sup>175</sup>. Dolores Fisac le comentaba en una carta que ya estaban todos los muebles embalados y se esperaba que la mudanza fuera el 15 de julio<sup>176</sup>. Efectivamente, el jueves 16 de julio, Narcisa González Guzmán, Visitación Alvira, Encarnación Ortega y Concepción Fernández del Amo empezaron a vivir en Jorge Manrique. Las primeras líneas del diario, que estrenó González Guzmán, indicaban los sentimientos que embargaban a todas: «Por fin esto se pone en marcha. Ha venido el Padre [J. Escrivá], nos ha hablado y empezamos a vislumbrar lo maravilloso de nuestra labor»<sup>177</sup>.

El segundo intento parecía haberse consolidado. Daba comienzo ahora una nueva etapa.

Inmaculada Alva. Doctora en Historia por la Universidad de Córdoba y en Teología por la Universidad de Navarra. Autora de la monografía *Vida municipal en Manila (siglos XVI-XVII)* y de otras publicaciones en el ámbito del filipinismo. Actualmente es investigadora del Centro de Documentación y Estudios Josemaría Escrivá de Balaguer. Ha formado parte del comité editorial del *Diccionario de San Josemaría Escrivá*, Roma-Burgos, Istituto Storico San Josemaría Escrivá – Monte Carmelo, 2013. e-mail: ialva@unav.es

<sup>174</sup> Carta de Narcisa González Guzmán a Encarnación Ortega, León, 13 de junio de 1942, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>175</sup> Carta de Encarnación Ortega a Dolores Fisac, Zaragoza, 2 de julio de 1942, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>176</sup> Cartas de Concepción Fernández del Amo a Narcisa González Guzmán, Madrid, 30 de junio de 1942; de Dolores Fisac a Enriqueta Botella, Madrid, 30 de junio de 1946, y a Encarnación Ortega, Madrid, 2 de julio de 1942, AGP, serie U.1.1.3.

<sup>177</sup> Diario del centro de la calle Jorge Manrique, 16 de julio de 1942, AGP, D-1001.